
DITANO



HISTORIA

DE LAS

HERMANITAS DE LOS POBRES.



MADRID.
IMPRENTA DE TEJADO, Á CARGO DE R. LUDEÑA,
calle de Silva, 47 y 49.
1867.

HISTORIA

DE LAS

HERMANITAS DE LOS POBRES.



MADRID.
IMPRENTA DE TEJADO, Á CARGO DE R. LUDEÑA,
calle de Silva, 47 y 49.
1867.

J. M. J.

En los primeros dias del año que trascurre, ha tenido lugar en Madrid un acontecimiento notable bajo más de un punto de vista, esto es, la fundacion de una casa de Hermanitas de los pobres, que es la octava en España. Saben ya muchos de nuestros lectores que la primera fundacion tuvo lugar en Barcelona en Marzo de 1863, y que allí como en otras partes ha tenido un rápido y maravilloso desarrollo, pues en la actualidad ocupan ya las Hermanitas en la Ciudad Condal un grandioso aunque sencillo y severo edificio que es de su propiedad, construido en el ensanche con las limosnas de aquellos caritativos habitantes.

En Madrid no ha sido menor el entusiasmo por esta hermosa Institucion, y las Hermanitas y sus amigos y bienhechores han visto, con gran consuelo de su alma, formarse y crecer diariamente las más tiernas simpatías en todas las clases de la sociedad en favor de una Obra que de un modo tan especial lleva y ostenta el sello de la visible proteccion con que la Divina Providencia la favorece y distingue.

Uno de los medios de que esta última se ha valido para extender tan Santo Instituto, ha sido la publicidad. Un apreciable escritor frances, Mr. Leon Aubineau, escribió en 1851 y adicionó en 1859 un opúsculo en el cual, más con el corazon que con el ingenio, describió sucintamente de una manera tan tierna como sencilla, los pequeñísimos y por demas humildes orígenes de la Congregacion, y los rasgos y portentos de que Dios se ha servido para enaltecerla y propagarla.

Las personas que tuvieron la dicha de introducir en España tan preciosa semilla, promovieron la traduccion de aquel opúsculo, cuya primera edicion quedó á los pocos meses agotada. Ella ha dado, sin embargo, sus

leccion tan grande y tan apropiada á las teorías modernas, que es sumamente útil dar á conocer á nuestros lectores algunos hechos del orígen y del desarrollo de esta Obra. En ninguna parte se muestra más visiblemente el poder de la caridad, de la verdadera caridad que se dirige primero á Dios y luego al prójimo por amor de Dios. Nuestro siglo es dado á desconocer esta caridad divina, y aun aquellos que no la desdeñan y que quieren practicarla, ignoran su naturaleza y su fuerza, creyendo muchas veces útil disfrazarla con el oropel de los sistemas modernos y recargarla y complicarla con toda especie de auxilios humanos que sólo sirven para alterarla y debilitarla.

La Obra de las Hermanitas de los pobres, como todas las obras de Dios, nació pequeña: se ha desenvuelto y se conserva sin otros auxilios que los que le procura la Providencia, y en todas sus contradicciones y necesidades no ha tenido otro amparo que la oracion. Esta le ha dado los medios de emplear superabundantemente el celo de la caridad que la obra desarrolla en sus miembros: de una manera semejante á lo que sucede en la llamada por la escuela peticion de principio, la caridad y la oracion se auxilian y suceden recíprocamente, creciendo las dos al mismo tiempo. La caridad concibe y la oracion obtiene los medios de ejecucion; con esto la caridad se hace más y más emprendedora; y la oracion, cada vez más viva, ve cómo aquellos medios de ejecucion se aumentan á medida de su deseo. Cuando comenzó la Obra, no se pensaba en crear un Instituto que debia extenderse sobre toda la Francia y ya podemos decir sobre el mundo entero. Tratábase únicamente de una necesidad apremiante; Dios tan sólo ha dado á la empresa su fecundidad y su extension, sin que los hombres hayan puesto de su parte más que su propia paciencia, su abnegacion y su docilidad á las inspiraciones divinas.

La Obra de las Hermanitas de los pobres comenzó en San Servando. Es esta una reducida poblacion de Bretaña situada en la orilla del Océano y separada de San Malo por un brazo de agua que se seca dos veces al dia. Los habitantes de las costas ejercen su industria en el mar, á cuyos furores se atribuye el gran número de ancianas viudas y desvalidas que se encuentran en la Bretaña, y que, sin otro recurso que la mendiguez, participan de todos los vicios que la acompañan. Muchas de ellas recuerdan los pobres de que hablaba ya á San

Francisco de Sales la buena Ana Jaquelina Costa: «Reciben limosna sin saber que se la da Dios, viven en una deplorable vagancia y frecuentan las puertas de las iglesias sin entrar jamas en ellas y sin conocer los misterios que dentro se celebran; se entregan á todos los vicios, y viven y mueren en una inaudita ignorancia de las cosas relativas á la salvacion.» El cuidado de estas pobres almas que decidia á la buena tornera del primer monasterio de la Visitacion de Annecy á dirigir dichas palabras al bienaventurado obispo de Ginebra, y á indicarle las medidas que debia tomar para el bien de esta numerosa porcion de su rebaño; el cuidado de estas pobres almas abandonadas, ciegas, alejadas de Dios y en un estado de miseria religiosa cien veces más lamentable que la miseria física que alivian á lo ménos las limosnas; este cuidado aquejaba, hace unos doce años, á un Vicario de la parroquia de San Servando. No nos es permitido penetrar en el interior de la vida de este eclesiástico, pero nos bastará decir que era ya una vida dedicada á Dios y á los santos ejercicios de la caridad, una vida de abnegacion, cuyo celo no se enfriaba por obstáculo alguno. El abandono de las almas que movian su compasion era completo, pues San Servando no poseia hospicios tales como existen en otras poblaciones, gobernados por nuestras administraciones civiles, donde los ancianos reciben un asilo y donde se debe creer que reciben tambien los auxilios espirituales de que necesitan.

El pobre Vicario no disponia de ninguno de los medios indispensables para levantar semejante establecimiento; mas podia comunicar á ciertas almas la compasion de que estaba poseido. La Providencia se encargó de designarle aquellas á las cuales debia dirigirse. Una jóven de la parroquia que no solia hablarle se halló un dia en su confesionario, sin que haya jamas podido explicar por qué y cómo habia entrado en él. El eclesiástico reconoció inmediatamente una alma propia para la empresa que meditaba. Por su parte, oyendo los consejos del sacerdote al cual habia sido conducida como á pesar suyo, la jóven sintió aquel estado de paz y de consuelo que Dios da á las almas sometidas á la direccion que les impone. Abrigaba desde mucho tiempo el deseo de ser religiosa: pobre jornalera, no contaba con otros medios de existencia que el trabajo de sus manos. El eclesiástico la confirmó en sus intenciones, vislumbrando ya el dia en que podria realizar su deseo de ali-

viar á los pobres viejos. No tardó en notar entre las almas que dirigía, otra jóven, huérfana y de la misma condicion que la primera. Las incitó á que se uniesen, y sin comunicarles todavía su proyecto, les aseguró que Dios las queria á entrambas enteramente para sí y que debian servirle en la vocacion religiosa. Las alentó á que se preparasen para semejante honor y que tratasen de vencer en sí mismas todas las inclinaciones de la naturaleza. Las dos niñas (bien se las puede dar este nombre, pues la mayor no tenia diez y ocho años y la segunda apénas llegaba á los diez y seis) pusieron generosamente manos á la obra. El vicario les habia dicho que servirian á Dios en la misma comunidad, y ellas sin inquirir más, lo creian. Habia tambien dicho á la más jóven que mirase á la mayor como superior y madre. Trabajaban cada una por su lado durante toda la semana y se reunian el domingo. Antes que el eclesiástico les hubiese encargado que se hiciesen amigas, ni siquiera se conocian; pero desde aquel momento se hallaron ligadas por un vínculo poderoso y amable, tal como la Providencia los crea entre las almas que le pertenecen, y de cuya dulzura y fuerza no bastan á dar idea las frívolas amistades de los mundanos.

Cada domingo despues de la misa parroquial, evitando las distracciones y la compañía de otras personas, iban las dos niñas á la orilla del mar. Habian escogido el hueco de una roca, donde se abrigaban y pasaban las primeras horas de la tarde en conversar de Dios y de las infracciones que podian haber cometido contra un pequeño reglamento de vida que les habia dado el vicario, acostumbrándose de esta suerte y con toda sencillez al ejercicio de la vida religiosa que se llama conferencia espiritual. Ocupábanse en su regla y trataban de penetrar su espíritu; mas habia una frase que les estorbaba: «Nos complaceremos especialmente, decia el reglamento, en portarnos bondadosamente con los pobres ancianos achacosos y débiles, á los cuales no negaremos nuestros cuidados; se entiende cuando se presente ocasion oportuna, pues de ninguna manera debemos meternos en lo que no nos atañe.» Pesaban todas estas palabras sin que nada les diese á comprender el proyecto del que podian ya llamar su Padre. Portábase este con ellas como San Francisco de Sales con Santa Chantal, hablándoles de su vocacion, proponiéndoles ciertas comunidades, cambiando luego de parecer, incitándolas á dar pasos donde sabia que hallarian negativas y ejerci-

tando por fin su paciencia y doblegando su espíritu por todos los medios posibles casi durante dos años. Hácia los últimos meses de este tiempo de prueba, se habia franqueado un poco más con ellas y les habia recomendado que cuidasen de una vecina suya vieja y ciega. Las jóvenes obedecieron y emplearon todos los ratos de que podian disponer en favor de esta pobre enferma; la aliviaban segun sus escasos medios, disponiendo en favor de ella de sus economías, arreglando su casa, acompañándola el domingo á la misa, dispensándole en fin todos los oficios que podia inspirar la caridad. Entretanto la Providencia dispuso las cosas de suerte que se pudiese proceder á un comienzo de la obra de que no se tenia hasta entónces mas que un tan débil bosquejo, poniendo en el camino de las dos jóvenes una mujer que habia servido de criada, cuyo nombre conoce hoy toda la Francia. Juana Jugan, que adoptó ardientemente los proyectos que le comunicaron, tenia cuarenta y ocho años; poseia como unos seiscientos francos, y por medio del trabajo se proporcionaba lo que le faltaba para subvenir á sus necesidades, que aligeraba viviendo con otra piadosa doncella mucho más entrada en años. En los designios de la Providencia parece que Fanchon (1) Aubert estaba destinada á representar el papel de primera bienhechora de la Congregacion, pero como todo era humilde en estos comienzos, la bienhechora no era rica. Contaba cerca de sesenta años, tenia algunos fondos, un pequeño mueblaje adecuado á la más modesta condicion, y abundante avío: lo dió todo, y se puede decir que se dió á sí misma. Se sujetó á los trabajos y á las privaciones de las Hermanas, vivió con ellas, no las abandonó jamas y murió en sus brazos. Se le habia propuesto que se ligase con votos á sus compañeras, pero se creyó demasiado vieja y quiso continuar siendo con ellas lo que habia sido desde los primeros dias. En la buhardilla que ocupaba con Juana, habia recibido gustosa á María Teresa, que era huérfana, y que por razon de sus circunstancias debia buscar un asilo. María Agustina iba á pasar al lado de su amiga todo el tiempo que le era posible.

No se habian manifestado á Fanchon los proyectos que se meditaban, ni tampoco se queria publicar que iba á fundarse un nuevo Instituto, lo que casi ignoraban

(1) Diminutivo familiar del nombre Françoise, que corresponde á nuestra Frasquita ó Paca.

tambien las mismas tres Hermanas. Su Padre les habia encargado que se abandonasen completamente á la Providencia, que todo lo pusiesen en sus manos y que se esforzasen únicamente en amar á Dios, en servirle con toda su alma y en consagrarse á la salvacion y al alivio del prójimo, y en especial de los ancianos. Las Hermanas cumplian alegremente lo que se les mandaba despues de haber suplicado á Dios que bendijese su empresa y mirase con misericordia su ensayo de vida comun. Ademas María Teresa no se habia establecido en el chiribitil sin compañía, pues habia llevado consigo á Nuestro Señor, presente y vivo en la persona de sus pobres. Fanchon, prudente y reservada hasta un grado maravilloso y que sin querer penetrar los designios de sus compañeras, se hacia partícipe de su generosidad, Fanchon, que era una viejecita limpia y arreglada y hasta entónces muy apegada á sus hábitos, consintió en hospedar á la pobre ciega de ochenta años que algunos meses habia estaban cuidando. El dia de Santa Teresa de 1840 María Agustina y María Teresa condujeron en sus brazos á esta querida enferma, con la cual entró en su nueva habitacion la bendicion de Dios. Dado el primer paso y quedando todavía un rincon en la vivienda, introdujeron muy pronto á una nueva anciana. Quedó entónces completada la familia, sin que por esto se hubiesen modificado las costumbres de los que la componian y que seguia presidiendo Fanchon. Juana hilaba; María Agustina y María Teresa cosian y planchaban, interrumpiendo sus trabajos para cuidar de las dos ancianas y cumplir con ellas todos los deberes de piadosas hijas para con sus madres, aliviando sus padecimientos, ilustrando su fe, animando, sosteniendo é inflamando su piedad. El vicario, que ya podemos llamar Fundador y Padre, auxiliaba en cuanto podia á la pequeña oomunidad, y con el auxilio de Dios no les faltaba lo necesario. Mas esto no bastaba y era necesario ensancharse. Se habia unido á las tres primeras una nueva servidora de los pobres, María José, que enferma y casi á punto de morir quiso, á la manera de los antiguos tiempos, morir consagrada á Dios y entre los criados de los pobres. Se hizo trasladar á la buhardilla y curó. Entregó á Dios aquella vida que le habia ofrecido y le habia sido devuelta, y se consagró al servicio de los enfermos y de los ancianos.

No podia, sin embargo, reducirse al alivio de dos viejos todo el fruto que para la gloria de Dios debia sa-

car la Iglesia de la abnegacion de aquellas generosas doncellas. Permanecieron en la buhardilla diez meses, que vino á ser su tiempo de prueba y, por decirlo así, su noviciado. Tal vez se habia aguardado que esta abnegacion excitase luego un generoso concurso y atrajese socorros bastantes para extender la Obra y abrir un asilo á mayor número de ancianos, ó acaso no se habia pensado en llevar más adelante los comienzos que acabamos de reseñar. Lo cierto es que si se habia esperado un auxilio humano, se resolvió prescindir de él, y que si los primeros deseos se habian limitado al bello y consolador espectáculo de lo que su vivienda ofrecia, se aspiró luego á más. Quien se da á Dios, es necesario que se dé por entero: el sacrificio tiene atractivos á que no pueden sustraerse las almas que ya los han gustado, sino que procuran llegar hasta el término, haciendo cuanto bien depende de ellas y dejando que los demas contribuyan, si les parece bien, á las obras que Dios les ha indicado una vez.

En el consejo de la pobre vivienda se resolvió, pues, el cobrar mayor extension y encaminar al provecho de mayor número de ancianos los beneficios que se trataba de dispensarles. Mas cuando hablamos de consejos, debemos explicarnos, pues no se ha de creer que fuesen muy frecuentes en aquella morada las deliberaciones. El Padre encargaba á sus hijas que orasen, oraba él tambien, y cuando creia haber reconocido la voluntad de Dios, la indicaba á sus hijas dejándoles el mérito de la obediencia: la obediencia, virtud de maravilloso precio, de incalculable empuje, que brilla en las obras de la Iglesia, las sostiene y las anima y les da fuerza y victoria. Se persuadió á Fanchon, única persona de la pequeña comunidad de algun crédito en la poblacion, que sacrificase el aposentito á que acaso tenia bastante aficion, para alquilar un piso bajo, húmedo é incómodo que habia servido mucho tiempo de taberna. Cabian en él doce camas, que no tardaron en ser colocadas y ocupadas. Las cuatro sirvientas de los pobres, á pesar del auxilio de su buena amiga la vieja Fanchon, no tenian poco que hacer con sus pensionistas. No era ya posible el ganarse trabajando su propia subsistencia y la de sus huéspedes, pues bastante ocupacion les daba el servir á sus bien amados pobres como exigian su edad y sus enfermedades. Cuidaban de las llagas, limpiaban las inmundicias, hacian levantar y volver á la cama á sus viejas, instruyéndolas ademas y consolándolas, con lo

cual les era imposible subvenir á sus demas atenciones. La administracion de beneficencia continuaba pasando á las viejas que la caridad habia reunido los mismos auxilios que ántes, es decir, que les daba pan y les prestaba ropa, y para satisfacer las demas necesidades (que en verdad no faltaban) las mujeres que podian andar continuaban su antigua industria, saliendo todos los dias para mendigar. Las Hermanas preparaban la comida y comian tambien de este pan de la mendiguez, y de esta manera con los auxilios imprevistos é imposibles de prever que de cuando en cuando llegaban, se llegó al fin á reunir lo más indispensable.

No bastaba, sin embargo, vivir de este pan mendigado, pues Dios exigia un nuevo sacrificio y una última humillacion; la mendiguez de las mujeres viejas tenia el inconveniente de ponerlas siempre de nuevo en el peligro de renovar sus malas costumbres y de ofrecerles la ocasion de emborracharse que era en realidad el vicio dominante de estas desgraciadas. Las Hermanas, que atendian sobre todo á la salvacion de sus pobres, quisieron alejarlas de esta tentacion y ahorrarles la humillacion de la mendiguez á pesar de que la mayor parte habian envejecido en ella y no les pareciese ignominiosa. El Padre propuso á sus hijas que no fuesen tan sólo las servidoras de los pobres, sino que se convirtiesen tambien en mendigas por amor suyo y para la mayor gloria de Dios. Apénas se indicó el sacrificio fué aceptado, y sin escrúpulo ni vacilacion las Hermanas se hicieron mendigas. Juana fué la primera que tomó una cesta y salió inmediatamente, y con el corazon inflamado por el amor de Dios y del prójimo se presentó denodadamente en todas las casas que solian auxiliar á sus pobres, donde recogió con humildad y reconocimiento los mendrugos y los ochavos que quisieron darle. Con esto preparaba la Providencia un inagotable recurso para las Hermanitas, que desde entónces han recogido el pan de sus pobres en esta noble y santa mendiguez. Aunque todas sus compañeras han imitado á Juana, esta sin embargo ha seguido siendo, como si dijésemos, la colectora titular del Instituto: no contenta con recorrer las poblaciones en que se halla establecida la Obra, va por todas partes, y acaso, querido lector, la verás cuando ménos lo pienses entrar en tu casa, exponer con sencillez y dignidad el objeto de su visita, dar razon de las necesidades de sus pobres y hablar de las misericordias del Señor para con ellos. Nada

la cansa ni la perturba: en todo vé la mano de Dios, da gracias de lo que esta mano dispensa, espera lo que esa mano rehusa y no duda de la generosidad ni de la bondad de los que no pueden tomar parte en su empresa. Tan increible abnegacion no tan sólo se atrae las bendiciones de Dios, sino que tambien alcanza los sufragios de los hombres. Los mismos que proscriben la mendiguez no han podido dejar de reconocer la virtud de esta noble é intrépida mendiga: sabido es que la Academia francesa le ha dado un premio de virtud.

Tal abnegacion sorprendió y conmovió desde los primeros dias, de suerte que se añadió alguna cosita al ochavo y al mendrugo acostumbrados. Resultando más abundante que la de las pobres viejas la limosna recogida por las Hermanas, pudieron estas disponer de vestidos, de muebles, de provisiones de toda especie, dando por consiguiente mejor trato á sus pobres.

No obstante escaseaba la ropa blanca, pues la de la administracion de beneficencia ya no era bastante, y la carestía subió de punto cuando teniendo la administracion que acudir á otras atenciones, se vió obligada á negar este artículo á las Hermanitas.

En tal angustia las Hermanitas se valieron de su acostumbrado recurso: oraron y se dirigieron más principalmente á María suplicándola que las auxiliase. El dia de la Asuncion se levantó un altarcito á Nuestra Señora, de cuya construccion y ornato se encargó un gendarme que vivia cerca del que la poblacion llamaba ya el asilo de las buenas mujeres, conmovido por lo que todos los dias presenciaba en esta bendita casa. Las Hermanas pusieron al pié del altar las cinco ó seis malas camisas que formaban la riqueza de la casa: nada de ropa de abrigo. Compadecióse la Santa Vírgen; y ¿quién no se hubiera compadecido al ver tanta miseria?

Varias personas visitaron los dias siguientes el altarcito, la Madre de Dios tocó sus corazones y todos se apresuraron á contribuir al alivio de los pobres. Hubo criadas que no pudiendo dar otra cosa se quitaban sus sortijas y las ponian en el cuello del Niño Jesús que tenia entre sus brazos la Vírgen Madre, cuya estátua, no más alta que la mano, dominaba el altar. Por medio de esta industria y de esta misericordia quedaron los pobres suficientemente provistos de camisas, de tela y de otras ropas indispensables.

De esta manera seguia todo su curso, si bien el espectáculo de la abnegacion de las primeras Hermanas

no habia despertado ninguna nueva vocacion. Más de tres años habian ya trascurrido desde que el Fundador comunicó su proyecto á María Agustina y María Teresa, les dió un reglamento de vida y las puso bajo el patrocinio de la Inmaculada Virgen, de San José y de San Agustin.

Más de diez y ocho meses habia que comenzara la Obra del alivio de los pobres y nadie acudia á reunirse con las cuatro fundadoras. Si bien se habian manifestado verdaderas simpatías y abundaban bastante las limosnas, no por esto dejaba el demonio de suscitar un sin número de estorbos á la santa empresa. No debia contarse entre el menor resultado de sus artificios el aislamiento en que seguian las Hermanas. Sin duda Dios le dejaba este poder para poner á prueba la constancia de sus servidoras y fortificar su Obra, siendo, por otra parte, cosa acostumbrada que todas las empresas de Dios estén sujetas á contradicciones. Las que sufrian las Hermanitas de los pobres eran de diversas clases. El señor Párroco de San Servando habia aprobado los esfuerzos de su caridad, pero no obstante daban mucho que reflexionar. ¡La empresa era tan singular, tan nueva y confundia de tal manera la prudencia humana! No estaba todo en alimentar á los pobres y en buscarles asilo por medios extraordinarios, pues no dejaba tambien de ser inconcebible la empresa de reunir en comunidad á pobres jornaleras sin instruccion.

¿Quién las educaria para la vida y disciplina religiosa? ¿quién las enseñaria á amar y practicar las reglas espirituales? Antes de reunirlas ¿no hubiera sido conveniente instruirlas en una comunidad antigua y bien conocida? Á lo ménos al comenzar debia ponérselas bajo la direccion de una maestra de novicias acostumbrada desde mucho tiempo á la vida regular, hábil en formar y reconocer las vocaciones, en manejar, ejercitar y quebrantar las voluntades humanas. Todo esto era exacto y fundado en razon; mas el espíritu de Dios sopla donde y como quiere, y en el fondo de su corazon sentia el Fundador que emprendia una nueva Obra y que una nueva Obra exige nuevos obreros. Por muy excelentes que sean las órdenes religiosas deben limitarse al ejercicio de las obras á que han sido destinadas y por las cuales fueron creadas, y es cosa impropia pedirles sacrificios ó proponerles trabajos no previstos por sus fundadores; y bien pudiera ser que semejantes tentativas, que separarian de su regla y de su objeto primitivo

á las congregaciones, acabasen por arruinarlas. El fundador y las fundadoras de la Obra de que estamos hablando tal vez no profundizaban tanto: seguian la inspiracion de Dios y nada les parecia más sencillo que obrar como habian obrado.

Por otra parte á estos argumentos que podian sugerir la razon y la prudencia, el demonio, segun hemos dicho, añadia sus artificios. Al propio tiempo que se habian despertado las simpatías necesarias á la existencia de sus pobres, formábase al rededor de las Hermanas una especie de atmósfera de ridiculez y de oprobio y debieron beber toda la vergüenza de su mendiguez. Señalábanlas con el dedo, burlábanse de ellas y las motejaban en las calles de San Servando, y apénas se atrevian á hablarlas sus antiguas compañeras de escuela, de doctrina, de taller ó de infancia. Aun aquellas que se sentian atraidas por sus ejemplos, que admiraban su abnegacion y se hallaban inclinadas á imitarlas, se detenian como por instinto al considerar el escándalo y lo ruidoso de su empresa. María Agustina era la única de las cuatro fundadoras que tenia familia, y esta no le escaseaba las reprimendas. Su hermana menor, hoy Sor María de la Concepcion, superiora de la casa de Rennes, le decia cuando la encontraba con su cesta para ir á la colecta: vete, vete, no me hables, pues con tu cesta me das vergüenza. La Hermana María Luisa, en el dia superiora de una de las casas de París, se sentia movida y hubiera querido tomar parte en el sacrificio de las Hermanitas; pero viendo la abyeccion en que vivian sentia cierto disgusto, y dirigiéndose á Dios le decia interiormente: «No, Dios mio, no, no es posible, Vos no exigís esto de mí.» La Hermana Felicitas, que ha muerto superiora en Angers, y muerto como se concibe que deben morir las Hermanitas de los pobres, esta Hermana, devorada por el deseo de consagrarse á Dios, invocaba á San José, ante cuyo altar solia colocarse en la iglesia, y llena de candor, al mismo tiempo que le pedia la gracia de ser religiosa, añadia: «pero no entre las Hermanitas.»

La primera que pasados cuatro años de esta terrible prueba de aislamiento rompió aquella especie de hechizo, no sabia, al entrar en la casa, que debiese permanecer en ella, pues sólo habia ido para ayudar á las Hermanas un dia de mucho trabajo. Cuando hubo gustado la paz de estas amables doncellas, aquella paz que da Dios á los que le aman y se consagran á su servicio. ce-

dió á tan fuerte atractivo y pidió que la recibiesen en su santa compañía. No fué la única en penetrar de esta manera. Otra hubo que visitando algunas compañeras suyas nuevamente admitidas entre las Hermanitas, las encontró tan contentas y alegres que quiso compartir su felicidad y vivir con ellas. En una de las casas que se fundaron más tarde, habiendo ido la colectora á una aldea vecina, halló dos jornaleras sin trabajo que se ofrecieron á arreglar la ropa, creyendo que no podian emplear más útilmente el tiempo que remendando el pobre y reducido equipo de las viejas y de las Hermanitas. Caminaron cinco leguas con el deseo de practicar este acto de pequeña caridad, que realizaron con gusto, partiendo al cabo de algunos dias no sin llorar un poco, sin abrazar á las Hermanas y sin prometerles que pronto volverian. Volvieron en efecto, pero ya no fué para dar á Dios su tiempo supérfluo, pues trataron de consagrar á su servicio y al alivio de los pobres toda su vida y todas sus fuerzas. De esta suerte habian encontrado la gracía de su vocacion en el cumplimiento de un acto de caridad, y su generosidad recibió ya en la tierra una preciosa recompensa, mayor todavía y más pura que su abnegacion, pues no es poca dignidad la de pertenecer enteramente á Dios. Bien lo saben las Hermanitas, como que les confunde tanto honor y mantiene en ellas la humildad que es la prueba más patente de la bendicion del Señor.

Como todas las virtudes cristianas se corresponden y se acrecientan recíprocamente, esta humildad y esta confianza en Dios hacian que sufriesen con paciencia todas las dificultades: á las Hermanitas no les arredraban las humillaciones que el mundo les imponia, y tampoco les importaban sus encomios, y aun en sus negativas encontraban un nuevo motivo de abandonarse enteramente á la divina Providencia.

En tanto que el número de los primeros individuos de la familia seguia siendo tan reducido se iba aumentando el de los pobres, y sin vacilacion ni escrúpulo cuando estuvo lleno el piso bajo se compró (1842) una grán casa en otro tiempo habitada por una comunidad religiosa. Es verdad que no se contaba con recursos para pagarla, pero el abate Agustin Le Pailleur, que este era el nombre del Vicario, vendió su reloj de oro, sus ornamentos de plata y algunos otros efectos; Juana conservaba una insignificante suma, y otra compañera habia economizado algun dinero; Fanchon dió cuanto

le quedaba todavía, y con todo esto se consiguió satisfacer gran parte de la obligacion, dejando al cuidado de la Providencia suplir lo que faltaba. No se engañaron, pues al cabo de un año quedó enteramente pagada la casa que habia costado veinte y dos mil francos.

No nos es dado entrar en el pormenor de los medios que Dios empleó para llegar á este resultado en que parece que estaba interesada su Providencia, la cual habian, por decirlo así, provocado, no teniendo en cuenta los obstáculos y empeñándose más cada dia en una obra que no podian concebir y de que desesperaban los hombres.

Las Hermanas, que recibieron entónces el humilde y amable nombre de Hermanitas de los pobres, hacian sus votos, por decirlo así, con las manos atadas y los ojos cerrados. Su piadoso Fundador desarrolló y precisó las constituciones que debian regirlas: al propio tiempo que las sujetaba á la pobreza, á la castidad y á la obediencia, quiso tambien ligarlas por un admirable voto de hospitalidad, y dar á esta virtud, que hacia ya tiempo practicaban de una manera maravillosa, el precio infinito en que la bondad de Dios estima todos los actos hechos para su servicio en nombre de un deber contraido con él.

El voto de hospitalidad fué rigurosamente observado en San Servando. Al cabo de diez y ocho meses quedó tambien llena la grande casa, donde se alojaban cincuenta ancianos: las cuatro Hermanas se multiplicaban á sí mismas para servir á estos desvalidos; nueva maravilla de la misma Providencia que consuela al mismo tiempo que pone á prueba. Para alimentar tanta gente sólo se contaba con la limosna, y esta bastaba. El Dios de las bondades sabe arreglar bien las cosas cuya direccion se le abandona. Los relieves de las mesas, los mendrugos y las tajadas de carne abundaban en las manos de las Hermanitas de los pobres. Esta Providencia, toda amable y bienhechora, no dejaba sin embargo de hacer sentir á veces con más viveza la feliz dependencia en la cual con respecto á ella se mantenian. Como una madre que amamanta un tierno niño se complace en avivar sus deseos retirándole por un momento el seno que luego le devuelve, á veces retardaba algun tanto sus beneficios.

Conforme á su constitucion y su voto de hospitalidad, las Hermanitas satisfacen ante todo á las necesidades de los ancianos, de lo cual resulta que no se re-

servan sino lo que queda despues de servidos sus huéspedes. Si bien la comida de los pobres se ha encontrado siempre suficiente y aun abundante, la de las Hermanas ha sido algunas veces un poco escasa Una vez entre otras, una noche de invierno, estando ya en cama los viejos, no quedaba para la cena de las Hermanitas más que un cuarto de libra de pan: se sentaron contentas á la mesa, dijeron su *Benedicite*, dando gracias de todo corazon á Dios por haberlas dejado aquel pedazo de pan que cada una de ellas creia no haber ganado. Así es que se empeñaban en pasárselo una á otra, suponiendo que no les pertenecia y disimulando que lo necesitasen. Por otra parte reinaba el júbilo en la compañía, considerándose todas ellas felices en el fondo de su corazon por hallarse en el caso de hacer á Dios un pequeño sacrificio. Dios no lo despreció, pero se contentó de la buena voluntad. Miéntras tenia lugar entre las Hermanas esta agradable reyerta, llamaron á la puerta, bien que fuese ya tarde: era la Providencia que enviaba de la casa del Cura una abundante limosna de pan y carne. Mil ejemplos pudieran citarse de esta constante atencion de Dios para satisfacer las necesidades que se han ido declarando. La historia de la fundacion de las órdenes religiosas abunda en semejantes hechos y se comprende que han debido multiplicarse de una manera especial relativamente á las Hermanitas de los pobres que tan generosamente se han abandonado al cuidado de la divina Providencia.

Confiadas en ella y animadas por los beneficios que les dispensaba, continuaron esforzándose en hacer cuanto podian en favor de los pobres. Á medida que se consagraban á su servicio, comprendian toda la importancia de la Obra que Dios les habia confiado. En efecto, las almas de las desgraciadas criaturas que habian recogido no eran insensibles á sus beneficios, y la caridad que con ellas se ejercia les daba á conocer á Dios. Estas pobres almas, perdidas en toda especie de vicios y sumidas en la ignorancia, empezaban á vivir y á esperar Aprendian á gustar, á amar y á bendecir á Dios que les habia enviado en su miseria aquellas Hermanas tan serviciales y tan compasivas. Pudiéranse citar rasgos encantadores de virtud, de valor, de resignacion y de piedad de estos pobres séres que ántes de la entrada en el asilo se hallaban en gran manera degradados por toda especie de vicios y de miserias. En presencia de los resultados que coronaban sus esfuerzos, pensando en to-

das las almas rescatadas por la sangre de Jesucristo que corrian peligro de perderse y que un puesto en el asilo podia salvar, sintieron las Hermanas reanimar su celo, y no deseaban otra cosa que poder extender sus trabajos y aumentar su familia. Pero lo hemos dicho: la casa estaba llena, enteramente llena, y aunque para admitir mayor número de pobres las Hermanas se habian alojado en la buhardilla, no sobraba puesto alguno. Quedaban, sin embargo, bastantes pobres en la poblacion y en sus alrededores. Habia terreno, y medio franco en la caja. Se trató de edificar. Se puso esta pieza de á dos reales á los piés de la estátua de Nuestra Señora y se dió atrevidamente comienzo á la obra. Se tenia ya por costumbre el reconocer las maravillas de la Providencia; y las débiles manos de las Hermanitas que ántes solian planchar y coser, no vacilaron en empezar los trabajos de construccion, persuadidas de que es el Señor quien edifica y no las manos de los trabajadores. Escombraron el terreno, abrieron los fundamentos y se esforzaron en reunir materiales. De nuevo mostró el Señor que no pedia más y correspondió á esta audacia que no retrocedia ante obstáculo alguno. Conmovidos los jornaleros de San Servando al ver tanta abnegacion, se ofrecieron á auxiliar estos benditos trabajos, se hicieron gratuitamente los acarreos y abundaron las limosnas en dinero.

Un vecino de Jersey que tenia una parienta en San Servando, supo que estaba miserable, y pasó á esta poblacion para enterarse de su estado y auxiliarla. La encontró en la sala de asilo, pero tan bien cuidada y tan feliz que quedó muy agradecido. Desde aquel dia enviaba limosnas al abate Le Pailleur, y al morir le dejó un legado de siete mil francos que llegó muy á tiempo para contribuir á los gastos del edificio. Llegó tambien con mucha oportunidad el premio de la virtud que la Academia dispensó á Juana Jugan (tres mil francos). Aun no estaban terminados los trabajos cuando empezó á aumentarse el número de las Hermanas. Dios recompensaba al fin la constancia de los fundadores. Su atrevimiento habia llegado al punto de pensar en establecer nuevas casas, y aunque las cuatro Hermanas no podian acudir sino por un milagro constantemente renovado á todas las atenciones de la de San Servando, se hallaban decididas, sin embargo, á no dejar que esta pequeña poblacion fuese la única en disfrutar de los beneficios de su empresa. No atendian á su flaqueza; sólo pensaban en

hacer bien. Luego que se aumentó el número, María Agustina partió para Rennes. Nada habia preparado: iba á probar de nuevo las maravillas que se habian obrado ya en su presencia. Su primer cuidado no fué el de recoger dinero, sino el de buscar pobres. Se instaló interinamente en un pobre local de un arrabal lleno de tabernas y figones. Allí, como en todas partes, se encontraron vivas simpatías y un poco de auxilio. Es uno de los caractéres propios de las Hermanitas recibir toda especie de limosnas; las más humildes son tan preciosas y á veces tan dulces como las de más valor. Contábase, no obstante, con las últimas hasta el punto de no titubear en adquirir una casa en Rennes. Cuando abandonaron el barrio en que se habian alojado provisoriamente, los soldados que frecuentaban las tabernas de que hemos hablado ayudaron á trasportar las viejas que ya se habian recogido. Para sostener esta nueva fundacion, la buena madre María Agustina, que ya podemos llamar la superiora general, dejó las cuatro Hermanitas que habia hecho venir de San Servando. Al dejarlas se llevó de Rennes dos postulantas. Bien se comprendió lo que esto significaba: habia allá, en efecto, como un diálogo entre las Hermanitas y la divina Providencia.

Por esto fueron fácilmente acogidas las proposiciones de Dinan, pequeña ciudad de la diócesis de San Brieuc, cuyo alcalde creyó hacer un acto de buena administracion dotando el comun de un hospicio de viejos, sin gravar la caja municipal. Se vé que se trata de una poblacion de Bretaña donde con tanta dificultad penetran el progreso y las luces, y no en todos tiempos hubieran acudido á un alcalde semejantes pensamientos. Obtenido el permiso de los párrocos de la poblacion y la aprobacion del señor Obispo de San Brieuc, llegaron á Dinan las Hermanitas. Allí, como en Rennes, su primer cuidado fué el de instalarse interinamente en un local que habia ántes servido de cárcel; local húmedo é infecto, debajo del cual pasaban las cloacas de la poblacion, despidiendo miasmas que se habian creido insoportables y peligrosos para los prisioneros. Las Hermanas no se arredraron, sino que destinaron el aposento más sano para los viejos, y se quedaron lo restante. Es costumbre suya reservar para sus huéspedes lo mejor, conforme exigen la caridad y el voto de hospitalidad. Esta antigua cárcel presentaba ademas la particularidad de que las puertas se cerraban todas por la parte de fuera y era imposible encerrarse en ella. Las Hermanitas tuvieron,

pues, que dormir durante muchos meses bajo la salvaguardia de la fe pública, si bien es cierto que nada en su mueblaje podia tentar la codicia. Fácil es adivinar, en efecto, lo que podian ser tales muebles, debidos enteramente á la limosna. Sólo pasados muchos meses hallaron una casa conveniente para abrigar y alojar á sus ancianos, y no tardaron tampoco mucho en disponer de todos los recursos necesarios para su manutencion.

Bien puede verse cuánto costó establecer y extender la Obra. Se acercaba ya el momento en que iba á adquirir un rápido y extraordinario desarrollo, sin que nadie, no obstante, pudiese preverlo. Hasta entónces se habia pasado sin pensar en mañana: correspondiendo á las gracias de la divina Providencia, y aun violentándola un poco, segun los preceptos de la Escritura, se habian creado, al terminar el año 1846, tres casas que se bastaban á sí mismas y que ocupaban á quince ó diez y seis Hermanas. Se ideó una cuarta fundacion, tratando esta vez de salir del estrecho círculo en que se habian hasta entónces encerrado y de establecerse poco ménos que ochenta leguas léjos de San Servando.

Visitan todos los años las poblaciones marítimas un cierto número de forasteros que buscan los buenos efectos de los baños ó el de costosas distracciones, y aunque se supone que las últimas no abundan en San Servando, no faltan algunos curiosos que traten de enterarse de las particularidades que ofrezca como estacion veraniega; entre ellos hay uno que otro capaz de interesarse vivamente por la Obra de las Hermanitas. De esta clase se encontró en 1846 un alma como las hay todavía en Francia, consagrada en el silencio á toda especie de bien y dispuesto á abrazarlo bajo todas sus formas. La humildad, la piedad de las Hermanitas, los grandes resultados que obtenian de sus pobres, alegres y contentos todos al admirar la divina misericordia que les habia reservado tamaña gracia para sus últimos dias, encantaron y conmovieron esta alma devota de que estoy hablando. Pensando en el bien que se habia hecho, pensaba en el que podia hacerse y en los pobres que podian cuidarse, los corazones que podian convertirse y las almas que podian ganarse para Dios. Si bien las Hermanitas no podian derramarse inmediatamente por todas partes, cada cual, se decia, debe esforzarse para atraerlas á sí y proporcionar á los pobres vecinos el beneficio de su abnegacion y á la poblacion entera el de

sus oraciones. ¿Qué puede, sin embargo, una doncella sin crédito alguno y sin otro recurso que su buena voluntad? Todo, con tal que esté armada de una constancia inquebrantable, que se deje á Dios la gloria de todas las cosas y que sepa que Él es el único que obra. Á pesar de la distancia, las Hermanitas no rechazaron las proposiciones que se les hacian de pasar á Tours, no pidiendo más que lo que habian pedido en Rennes y en Dinan, un pequeño asilo y la libertad de obrar.

Hallóse luego un buen cristiano que se creyó muy honrado hospedando algunos dias á estas grandes servidoras de los pobres. Ignoro quién pagó su viaje, pero al llegar á Tours los primeros dias de Enero de 1847 les quedaban todavía algunos céntimos. Tomaron al principio una casita en que pudieron acoger una docena de pobres, luego otra mayor, y en fin en Febrero de 1848 adquirieron por ochenta mil francos un vasto local con jardin y capilla y capaz para ciento cincuenta personas. ¿Cómo se pagó todo esto? ¿Cómo se alimentaba cada dia á tanta gente? ¡Siempre el mismo prodigio! Las sobras que cada dia se recogen y las diversas limosnas bastan para todo. Lo que otros arrojarian con desprecio, se trasforma en las manos de las Hermanitas, y se convierte en un considerable recurso. En todas las casas que ahora existen y que más adelante enumeraremos, las borras del café, resíduo cuyo jugo se extrae, pasa á ser el fundamento de un desayuno sumamente agradable para los pobres ancianos. Ningun café se niega á dar este resíduo, donde la Providencia cuida de conservar, en favor de los huéspedes de las Hermanitas, un poco de esencia y de aroma; á lo que de él puede extraerse, se añade un poquito de leche y con mendrugos recogidos en todas partes, en las casas más diversas, en los colegios, en las pensiones y en los cuarteles se completa la cosa. Con tan miserables recursos se da cada dia un sabroso almuerzo á cien, doscientos y aun á trescientos viejos en una sola poblacion. Del almuerzo sobran todavía algunos pedazos de pan para servir en la comida, pues esta es una de las rentas más abundantes de las Hermanitas.

La fundacion de Tours figura entre las más penosas que se han intentado. Por razon del corto número de Hermanas que habia todavía en el Instituto y de la distancia en que se hallaban las tres de Tours, estas, que habian llegado en Enero de 1847 y que habian recogido diez y seis ó diez y ocho pobres mujeres, quedaron solas

cerca de cinco meses. Debíase alimentar á todas estas personas, hacer levantar y vestir á las achacosas, instruir é ilustrar las almas, conservar la alegría en todos los espíritus (porque este es tambien uno de los cuidados de las Hermanitas) y por consiguiente multiplicarse á sí mismas más de lo que permiten las fuerzas humanas. De suerte que de las tres Hermanas que acudieron á esta fundacion, la Hermana Felicitas murió dos años despues de resultas de las fatigas que habia sufrido, y la Hermana María Luisa, la superiora del arrabal de San Jacobo que conoce hoy todo Paris y que no tardaron en conocer y amar Lyon y luego Marsella, jamas ha podido recobrarse enteramente, y arrastra una salud quebrantada que no la impide servir activamente á Dios y á los pobres. La fatiga, es cierto, no turbaba la alegría Salian por la mañana llevando dos grandes cubos de hoja de lata divididos en compartimientos en los cuales se ponian los trozos de carne, los caldos, las legumbres y las diversas sobras que se recogian en la cuestacion. En la casa se trabajaba con toda la actividad que exigia, como es fácil comprender, el servicio de tantas viejas. Su reunion presentaba el conjunto de todas las miserias imaginables; mas del seno de esta lamentable pobreza, de estas repugnantes dolencias, de los asquerosos accidentes que pueden acompañar á la vejez, salia como un rayo de dignidad, de felicidad y de contento. Las almas eran felices por ver y gustar á Dios. Las Hermanas lo honraban en los pobres; los pobres lo amaban y lo querian en sus Hermanas, y nada tan suave y tierno como el contento de estos pobres corazones felices, tranquilos, consolados, llenos de esperanza y reconocimiento. Este último sentimiento era tan vivo como en los demas, en las Hermanas, que cada dia tocaban, por decirlo así, las misericordias y la bondad de Dios. Á medida que se presentaban nuevas necesidades, la Providencia se apresuraba á satisfacerlas: hablamos de las necesidades urgentes é indispensables, pues nadie pensaba en lo agradable ni en lo supérfluo. Por otra parte las Hermanas se consideraban felices con las privaciones que podian imponerse por amor de Dios y mirar como á una dicha el ir, como ellas dicen, *á fundacion*, porque en estos casos consiguen algunas veces verse privadas de todo y sufrir algo por Dios. En tales aventuras no sienten las fatigas ni los sufrimientos: esta buena madre María Luisa, de que poco hace hablábamos, no escasea las ocasiones de poner en semejante

prueba su salud quebrantada, y las demas, reducidas al mismo estado ó todavía ménos vigorosas, tampoco se dan mayor cuidado. La Madre general no se alarma por los desórdenes de su flaca salud, que más de una vez han puesto en peligro su vida y espantado á todas sus hijas: su primera compañera, hoy su primera asistenta, la madre María Teresa, ya incapaz de otra cosa que de sufrir y orar, y eso que no llega á los treinta años (1), no se cree tampoco digna de compasion: ha cumplido la voluntad de Dios y se resigna tranquilamente; ha cuidado de los viejos y se deja cuidar á su vez; ¿qué es, en efecto, lo que podria echar á ménos? La querida Hermana Felicitas, en la bienaventurada mansion en donde está sonriendo á sus compañeras y á sus pobres, ¿se arrepiente acaso de su vida empleada en tan nobles trabajos? y ¿no tienden al mismo objeto todas las Hermanitas? este objeto á que aspiran, este fin supremo que aman ántes de haberlo gustado, que sostiene su celo y su abnegacion, las hace capaces de sufrirlo todo, de sacrificar sus gustos, su juventud, su salud y su vida, de sacrificarlos *sin provecho* á los ojos del mundo, si tal es la voluntad de Dios. Sus cuidados obtienen el apetecible resultado de parte de los pobres, pues tienen el consuelo de verles abrir sus almas á la verdad y morir realmente entre las manos de Dios. Pero no debe creerse que para obtener esta gracia no tengan que hacer más que orar, afanarse por el alivio de los cristianos, sufrir el asco natural que producen sus dolencias y todas las privaciones inherentes á la pobreza del Instituto. Muchas negativas tienen que sufrir, y si es dulce y consolador ver tantos pecadores vueltos á Dios, no debemos olvidar á qué precio se ha obtenido este resultado. Los pobres huéspedes de las Hermanitas no son extraños á las luces de la civilizacion y á las glorias del progreso, tales como muchos las entienden. Estas luces y estas glorias entran para algo en el estado de degradacion en que han caido y contribuyeron á apartar de su alma el último freno que hubiera podido contenerlos y preservarlos de asemejarse á los brutos. Lo que estos miserables pobres presentan más aflictivo y asqueroso no son las llagas y los humores de su cuerpo, sino más bien las ignorancias y las torpezas de sus almas. Pero es necesario explicarnos; de todo hay en las

(1) Ha muerto el 12 de Agosto de 1853 en calidad de primera asistenta de la Congregacion.

casas de las Hermanitas. Aquí un espíritu fuerte y un espíritu novelesco; el uno ha leido todos los filósofos del siglo XVIII y se burla de las supersticiones de la Hermana que le cuida; otro está al corriente de todas las elucubraciones de los novelistas modernos y aspira hácia el Mesías y la religion del porvenir. Un tercero, que no es el ménos amable, conoce á los poetas: cita á Racine, á La Fontaine y aun á Horacio y Virgilio, es algo loco, decidor, espíritu agudo, y tiene tanto conocimiento de Dios como el gorrion que se abriga en el techo. Otro, ménos cultivado, es un adorador del sol, de los cuales hay muchos, especialmente en los alrededores de Paris: este astro, dicen, hace nacer el trigo y madurar la vid; todo sonrie cuando él aparece, todo sufre y muere cuando se oculta; es la fuente del calor, de la vida y de todo bien, y no hay otro Dios que él. Este Dios es cómodo, por otra parte, y no exige un culto pesado, permitiendo ademas que los hombres se entreguen á sus pasiones, á sus placeres y á todas sus torpezas. Las Hermanitas tienen mucho que hacer para levantar estos pobres séres á la dignidad de criaturas racionales, capaces de conocer, de amar y de servir al verdadero Dios. Más de una vez estarian á pique de perder la esperanza y más de una vez dando sus consejos, reprimiendo los vicios, y especialmente la borrachera, que es el que mayormente han de combatir, han sufrido malos tratos y aun golpes. Mas aun en esto hallan un motivo de felicidad, pues para tales séres consagrados á Dios todo se presenta al revés de lo que piensan y juzgan los hombres. Están avezadas á verlo y á juzgarlo todo segun la fe, á no atender en nada á los instintos de la naturaleza decaida, y vengan de donde quieran el sufrimiento y la abyeccion, los reciben como un placer y un beneficio. Ignoro en verdad si en esta sumision entra un poco de cálculo, pues lo cierto es, y ellas lo experimentan cada dia, que no hay sacrificio de su parte que no sea recompensado ántes que cumplido.

En Tours, en medio de los trabajos de aquella penosa fundacion, las Hermanas estuvieron un momento con sólo dos jergones para dormir las tres. Á consecuencia de su voto de hospitalidad, cuando se presenta una pobre en la casa y no tiene cama, una de las Hermanas da la suya y se arregla luego lo mejor que puede. Por otra parte, la cama de las Hermanas no es muy para envidiada de los pobres, pues sólo se compone de un simple jergon, conforme exige el espíritu de pobreza

y de mortificacion. Decimos, pues, que en Tours las tres Hermanas que habian ya recogido siete mujeres, no tenian más que dos jergones; los pusieron el uno junto al otro y esta fué la cama de las Hermanas. Pero ademas la cama se componia de una sola sábana, de una sola. Llegó en esto una octava mujer que traia su cama, pero sin sábana. La superiora dijo entónces á sus dos hijas: hijas mias, vamos á partir esta sábana para la pobre mujer que Dios nos envia y luego dormiremos como podamos. Dicho y hecho: dos Hermanas tienden la sábana, la tercera toma las tijeras y va á cortarla, cuando se oye llamar á la puerta. Una de las Hermanas va á abrir y se le presenta un jóven que le entrega seis pares de sábanas. Cuando la Hermana las llevó á sus compañeras, las tres se echaron de rodillas, llorando para dar gracias á Dios. Pudieran citarse mil casos acaecidos en cada una de las casas, en que se vé manifiesta la mano de la Providencia y la dulzura de Dios. Algunas veces las maravillas ofrecen otro carácter, ante el cual las Hermanas enmudecen llenas de admiracion Se les habia dado, desde el comienzo de su fundacion de Tours, una mezquina marmita de hierro colado, apénas capaz para cocer la sopa de las Hermanas y de las ocho ó diez primeras pobres recogidas. La casa crecia sin que la marmita aumentase sus dimensiones, y sin embargo siempre bastaba: quince, veinte y hasta treinta pobres hallaron durante muchas semanas toda la sopa necesaria en esta pequeña marmita. No veo motivo para resistirse á admitir este hecho: todos los que hemos contado desde el comienzo de nuestra reseña son de la misma naturaleza: ¿es acaso más difícil aumentar la sopa en la marmita de los pobres, que multiplicar en las manos de las Hermanas los demas recursos necesarios?

Desde Tours, de en medio de las maravillas que acabamos de contar, debia adquirir su extension la Obra de las Hermanitas. Dios permitió que contribuyese á ello para algo uno de los periódicos religiosos de Paris (1). Al discutirse en la Asamblea nacional el derecho á la asistencia, anunciado en el preámbulo de la Constitucion de 1848, dicho periódico sintió algunos escrúpulos y contó lo que habia visto en Tours y lo que sucedia en San Servando, en Rennes y Dinan. No influyó, por supuesto, en las decisiones de la Asamblea, pero resultó

(1) *El Universo*, en que escribe el autor de esta reseña.

que de los diversos puntos de Francia se presentaron á las Hermanas unas diez postulantas. Como las Hermanas de Bretaña y Turena, eran por la mayor parte pobres jornaleras ó simples criadas sin dote, deseosas de amar á Dios. Habiéndose aumentado la familia, nació el deseo de probar nuevas aventuras. Se trató de fundar una casa en Paris: pensamiento que habian abrazado ardientemente algunos miembros de las conferencias de San Vicente de Paul, los cuales, como tendremos ocasion de notar, no se interesaron tan sólo esta vez en lo respectivo á las Hermanitas.

Hácia la primavera de 1849 llegaron á Paris la madre general y la madre María Luisa, que recibieron la hospitalidad de una casa de caridad tan pobre como la suya y que tenia el mismo objeto de acoger á los ciegos, la casa de Nazareth. Las dos bretonas ni se asombraron ni se amedrentaron por el cargo que se habian impuesto. No conocian todavía á Paris ni se habian formado la menor idea de una ciudad tan grande: pero provistas de un mapa recorrieron las calles, buscando una casa que les conviniese. Algo les costó descubrir lo que deseaban, que era una casa grande, ventilada, situada en un barrio donde pudiesen hallar algunos recursos y ademas barata; se les indicó una y estuvieron á punto de cerrar el contrato, pero surgieron dificultades y hubo retardos y dilaciones. Entretanto era preciso vivir. Unas buenas religiosas de la Visitacion, fieles al espíritu de San Francisco de Sales, enviaban desde su convento algunas provisiones á las fundadoras Otras almas caritativas, celosas de contribuir á la nueva empresa, no escaseaban sus limosnas. Sin embargo Dios permitió que las Hermanitas hallasen de nuevo en Paris todas las humillaciones de la mendiguez que habian sufrido en San Servando. Viéronse muchas veces obligadas á ir á las cocinas económicas que sirven las Hijas de la Caridad para recibir la porcion de sopa y de legumbres que se distribuye á los mendigos en cambio de bonos que valen uno ó dos sueldos

No seria acertado calcular el valor de los hombres por el precio de lo que comen; sin embargo puede asegurarse que la mayor parte de los que van á buscar en dichas cocinas las judías y patatas que deben formar su comida no son lo más florido de la sociedad Se encuentran allí pobres respetables que despues de haber recibido su porcion se apresuran á llevársela para repartirla á su familia; pero muchos otros se comen la pitanza in-

mediatamente, entablándose en la calle ó en el patio, siendo por la mayor parte miserables ancianos ó desgraciados jóvenes sin familia ni domicilio, vagos y depravados, perezosos, borrachos y entregados á todos los vicios y á todas las industrias. En 1849 esta poblacion tenia un carácter especial; era entónces suma la miseria en Paris, el trabajo escaso y las pasiones se hallaban vivamente excitadas. Á la hora de comer se ven reunidos al rededor de las cocinas económicas hombres en el vigor de la edad, cubiertos de indecibles andrajos que conservaban todavía en medio de la suciedad restos de cierta elegancia y que denotaban ser propios de personas poco ántes acostumbradas á ganar mucho y á gastar en la imprevision y el desórden cuanto ganaban. Su aspecto tenia muchas veces una expresion de cínica impudencia y el conjunto contribuia á que fuese aquella una compañía poco agradable Las Hermanitas, desconocidas y perdidas en medio de aquella extraña sociedad, de aquellos hombres insolentes y repugnantes, aguardaban su vez con los otros, ponian en el postigo su escudilla y se llevaban luego, por el precio de uno ó dos sueldos, la comida de la comunidad entera.

De esta suerte se iban sucediendo las semanas y los meses. Á pesar de los disgustos de esta vida miserable y del fastidio de esta larga espera, cuyo término se entreveia y no llegaba nunca, nuestras Hermanitas sólo sentian la ausencia de sus compañeras, la privacion de sus queridos ejercicios de comunidad y sobre todo la separacion de sus pobres. Á pesar de todo perseveraban en su intencion de establecerse en Paris, aceptaban las incomodidades, las humillaciones y por decirlo así los olvidos de la Providencia, que no promovia ninguna circunstancia propicia para sacarlas de las penosas dificultades en que se habian metido, y lo ofrecian todo á Dios para provecho de la casa que querian establecer.

Como la Madre general fué llamada á otro punto para las necesidades de la Congregacion, dejó á la madre María Luisa el encargo de proseguir la conclusion de un negocio que parecia interminable. Entretanto el cólera empezó á hacer estragos; para pasar el tiempo y emplearlo á lo ménos en algo, la madre María Luisa se ocupó en cuidar coléricos. Cogió la epidemia, que acabó de echar á perder su salud ya tan alterada. Despues de aguardar cinco meses halló al fin en la calle de San Jacobo la casa de que hoy es superiora y cuyo local sucesivamen-

te agrandado contiene ahora ciento cincuenta pobres.

Miéntras costaba tanto trabajo establecerse en Paris, se realizaba otra fundacion en Nantes, á donde habia sido llamado el abate Le Pailleur por los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paul. Se concertaron pronto; las conferencias prometieron su ayuda y el *buen Padre* dejó á sus hijas ó más bien á la divina Providencia el cuidado de proporcionarse cuanto necesitase el establecimiento. Difícil era negarse á tales condiciones; pero ántes de emprender nada, el *buen Padre* pedia la autorizacion de los vicarios capitulares. Estaba entónces vacante la Sede de Nantes, y las Hermanas no se establecian en ningun punto sin haber obtenido la aprobacion del Obispo de la diócesis y el permiso del párroco. Se tuvo que aguardar algun tiempo la respuesta de los vicarios capitulares y el abate Le Pailleur se vió obligado á partir de Nantes.

Dejó allí á la madre Maria Teresa, primera asistenta de la superiora general, con una de sus compañeras; le entregó veinte francos diciéndole: «Querida hija, Dios os bendiga; abrid una casa, yo volveré dentro de un mes; deseo hallar con vosotros muchos viejos y un cuartito para alojarme.» Con esta pequeña suma y con este breve consejo la madre María Teresa recibió la bendicion del *buen Padre*. La respuesta de los vicarios capitulares tardó en llegar veinte dias, y la pobre Hermana veia cási agotados sus recursos, pues no le quedaban más que cuatro francos. Habia ya visitado una casa; se apresuró á alquilarla y ocuparla inmediatamente. Al verla llegar el propietario, le preguntó dónde tenia los muebles; ella no tenia más que un poco de paja que acababa de comprar y que debia servirle de cama á ella y á su compañera. Sin duda seria este propietario buen cristiano, pues confió en Dios y no tuvo cuidado por el cobro de su alquiler. Las buenas Hermanas se dieron prisa en buscar pobres, y cuando al cabo de tres meses volvió el abate Le Pailleur, halló una casa arreglada y provista de todo lo necesario. Habitábanla cuarenta viejos y podia contar con las simpatías de la poblacion. El *buen Padre* predicó á los huéspedes un pequeño retiro espiritual; muchos de ellos se han convertido. En fin todo va á las mil maravillas y no se ha olvidado ni la celdita del *buen Padre*. Hasta este punto parece que la Providencia se afana en satisfacer los menores deseos de sus hijos.

En la mayor parte de las poblaciones las Hermani-

tas acostumbran ir al mercado á pedir limosna. Luego que estuvieron en Nantes se presentó una Hermana al mercado de legumbres y pidió á las vendedoras alguna cosa para las pobres mujeres. «Con toda mi alma, contestó la primera á quien se dirigió, con toda mi alma, pues lo que haceis es muy hermoso.»—«Sí, en verdad, Hermana mia, respondió otra, porque cuando seré vieja necesitaré de vuestra casa.» Y en semejantes términos hablaban todas. Se llenaron tres sacos de sus dádivas y la Hermana se deshacia dando las gracias. Tomó un saco para cargárselo en los hombros, pero se lo quitaron luego, diciéndole: «No lo llevareis,» y reuniendo entre todas algunos cuartos, hicieron llevar al asilo toda la pequeña provision. Cuando se fué la Hermana la dijeron: «Volvereis todos los miércoles y sábados; rogad por nosotras.»

El mismo año, ademas de estas casas de Paris y de Nantes se fundó otra al extremo opuesto de Francia, en Besanzon. Allí no hubo retardo ni dificultad: todo lo habia prevenido una caridad generosa, y al llegar se halló ya una casa arreglada y provista de todo. No faltaba más que recibir los pobres. Así las Hermanas que habian ido á aquella ciudad bajo la direccion de la Hermana Paulina, segunda asistenta de la Congregacion, hallaban que á las dos madres María Luisa y María Agustina les habian sido reservadas todas las dulzuras de las fundaciones. Alcanzóse inmediatamente la aprobacion del señor Arzobispo de Besanzon, que á la primera visita vació toda su bolsa en las manos de las Hermanitas. En honor de la verdad debemos decir que esta bolsa no contenia mas que cuatro piezas de cinco sueldos, que era cuanto tenia el Arzobispo. Puso este su moneda de calderilla á los piés de la estátua de la Santa Vírgen, y se arrodilló con las Hermanitas para dirigir una oracion á la Consoladora de los afligidos. Encargó luego á las Hermanas que fuesen dos veces á la semana á recoger las sobras de su mesa frugal.

En 1850 fueron fundados en Angers, en Burdeos, en Nancy y en Ruan nuevos establecimientos. No entraremos en los pormenores de esta nueva fundacion, pues seria repetir la misma historia. En Angers las Hermanas se establecieron en una antigua capilla que el señor cura de la Trinidad, el abate Maupint, hoy gran vicario de Rennes (1), les habia ofrecido. Como no tenia di-

(1) Ahora Obispo de San Dionisio.

vision alguna, se puso una especie de biombo de papel para separar el alojamiento de las pobres del dormitorio de las Hermanas. Cuando moria una vieja, para quitar de la vista de sus compañeras el espectáculo de su cadáver, se la trasportaba al otro lado del biombo, en el dormitorio de las Hermanas, que velaban este cadáver y luego lo sepultaban. En esta capilla, detrás de este biombo de papel murió la buena Sor Felicitas, de que hemos ya hablado varias veces. Ha muerto en medio de sus pobres como soldado en el campo de batalla. Inútil es decir con cuánta veneracion guarda su memoria la ciudad de Angers. Conocimos esta heróica doncella en la fundacion de Tours, donde sacrificó su vida, y vimos que su modestia y humildad igualaban á su ardor. No podriamos hablar del modo debido de sus virtudes, pero á lo ménos debemos asegurar que no se las podrá elogiar lo bastante. Desde el orígen del Instituto las Hermanas acostumbraban á rezar todos los dias con sus pobres un Padre nuestro y un Ave María para la que de ellas muriese la primera: la que se ha llevado todos estos fervientes sufragios es la madre Felicitas, la única, por otra parte, que ha abandonado ya el trabajo para recibir la recompensa. Su nombre la predestinaba á esta dicha.

Las limosnas del rico, como puede suponerse, han contribuido eficazmente á estas fundaciones, cuya historia sentimos no poder contar minuciosamente; pero el carácter particular de la Obra de las Hermanitas es la simpatía popular. El dinero del pobre abunda en sus manos bajo las formas más diversas, y á cual más tiernas. Lo que poco ha decíamos de las hortelanas de Nantes, se ha reproducido casi en todas partes. En Burdeos los carniceros y los otros vendedores de comestibles han mostrado una generosidad incomparable En San Servando, los jornaleros no se contentaron, como dijimos, en auxiliar los trabajos de construccion, sino que entre los varios talleres de armadores que se cuentan en aquel puerto, ha habido uno compuesto de quinientos hombres que para contribuir á la Obra de las Hermanitas se han impuesto el sacrificio semanal de un sueldo por persona, llevando cada domingo la suma que resulte al asilo de los ancianos. En otras partes hay soldados que se abstienen de algunas cucharadas de sopa para vaciarlas en el cubo de la colectora, y aun se arreglan de manera que puedan ahorrar un poco de pan para regalarlo á los viejos. Este carácter de simpatía po-

pular se ha manifestado especialmente en Burdeos y en Ruan y raya en verdadero entusiasmo.

Un Padre Jesuita, consagrado como todos los de esta Compañía á cuanto puede producir el alivio del prójimo y el bien de las almas, deseaba con ardor que las Hermanitas fuesen á la última ciudad que hemos nombrado. Habia tenido ocasion de visitar uno de sus establecimientos y de hacerse cargo del espíritu del Instituto. Le parecia que estas santas vírgenes estaban especialmente destinadas á hacer grandes servicios en Ruan, á causa de la grande miseria que allí reina y sobre todo por medio de la predicacion del ejemplo que en todas partes es tan eficaz. Miéntras abrigaba este deseo en su mente y sobre todo en su corazon, llegaron á Ruan dos Hermanitas, pero no con la intencion de fundar una casa , sino tan sólo con la de hacer una colecta. Se dirigieron al secretario del arzobispado y á algunos miembros de las conferencias de San Vicente de Paul, pidiendo que se las ayudase á obtener la autorizacion de pedir limosna. Se las prometió auxilio con la condicion de que no saldrian de Ruan y probarian el formar un asilo. Se reunieron, se convinieron y se pudo luego escribir á la Superiora general que se poseia una casa propia para comenzar la empresa. Ya que no se podia responder del buen resultado, á lo ménos se queria hacer una tentativa, si bien era prudente contenerse dentro de términos modestos y bastante limitados. Grande operacion es la de crear en una ciudad un nuevo establecimiento caritativo, y las bases en que se apoyan las Hermanitas parecen siempre tan frágiles que se creen insuficientes miéntras no se han puesto á prueba.

La buena Madre pasó á Ruan y visitó la casa que hubiera podido albergar á cuarenta viejos; mas vió tambien un grande edificio del cual nadie le hablaba, capaz para doscientas personas, y declaró inmediatamente que á su ver la casita era de todo punto insuficiente, y que nada tenia de sobras el grande edificio para una ciudad como Ruan. Por mucho que se la contradijo, que se la tildó de imprudente, y que se la aconsejó que no cargase con un alquiler de más de 4,000 francos una Obra á la cual aun se ignoraba cómo corresponderia la simpatía públiea, la buena madre dejó hablar y se mantuvo en su parecer. Tenia ya bastante experiencia, sabia cómo pasaban las cosas y creia que despues de tantos testimonios de la bondad de Dios, si la prudencia era todavía necesaria, lo más oportuno era

la confianza. Se la dejó hacer, y al cabo de quince dias nadie podia ya inquietarse por el porvenir. La casa está hoy llena y es muy de admirar la parte que tomó en esta fundacion el pueblo de Ruan. La primera vez que las Hermanitas se presentaron en el mercado casi causaron un tumulto. Tenian ya noticia de ellas; todas las llamaban, se precipitaban á su encuentro y querian llevarles la ofrenda. Los empleados de policía quedaron sorprendidos de este ruido y estuvieron á punto de alejar á las que lo causaban. Creció entónces el alboroto, pero mediaron explicaciones y todo quedó arreglado. Ahora las Hermanas dan la vuelta al mercado y cada uno les entrega á su vez la limosnita que les ha preparado, acompañándola con palabras de reconocimiento y cordialidad. No obstante es necesario proceder con prudencia y equidad, porque hubo una vez que algunas vendedoras se quejaron á la Madre de que la colectora no las visitaba tan á menudo como á las otras, y debieron arreglarse las cosas de manera que quedase satisfecha esta queja tan generosa. En Burdeos, donde tambien tuvieron lugar semejantes querellas, se encargó la alcaldía de comunicarlas á las Hermanitas. En Ruan, á efecto de la extension de la ciudad y del número de los pobres, las Hermanitas mendicantes empezaron á servirse de un asno, que con todo su arreo, es tambien un don de la caridad. Cuando yendo al mercado ó volviendo de las casas particulares que suelen visitar, atraviesa el asno las calles llevando en las espaldas, ademas de sus cestas colmadas, una inscripcion amada de todos, y que indica pertenecer á las Hermanitas, los buenos habitantes de Ruan, que no se atreven á pedir que se detengan cada dia á su puerta, se apresuran á salir y á deponer su limosna entre las manos de la Hermana ó en las cestas del asno que la sirve. Y no sólo se deponen de esta manera comestibles, sino que caen tambien de las ventanas á los piés de las Hermanitas ropas, lios de tela y mantas. El asno se lo lleva todo, las Hermanitas ruegan por los bienhechores de los pobres y Dios les bendice.

Las calles de Ruan son bastante estrechas y á veces obstruidas. Cierto dia un carruaje atropelló las cestas del pobre asno, que con todo su contenido fueron á rodar por el lodo. Presenció el accidente un jornalero que se apresuró á ayudar á la Hermana, á remediarlo del mejor modo posible: remendaron las cestas con un hilo de una manera poco satisfactoria, y el jornalero volvió

á su taller. Contó lo que habia visto y el desastre ocurrido á la Hermanita. Todo el taller se interesó en este accidente; se pasó un guante y por la noche fueron llevadas triunfantes á las Hermanitas dos hermosas cestas nuevas. ¿No son estos, hechos que encantan? Uno de los principales fabricantes escribió al abate Le Pailleur diciéndole que le debia incomparables favores. Antes, le decia, mis jornaleros sólo pensaban en doctrinas socialistas; desde la llegada de las Hermanitas en los talleres no se habla de otra cosa que de su virtud, de su abnegacion y de sus necesidades. Esta admiracion no es estéril, sino que se convierte en beneficios de toda especie y en mil servicios difíciles de analizar. Así, por ejemplo, cuando se verificó la bendicion de la capilla fué una fiesta para toda la ciudad, una verdadera fiesta popular. Los principales bienhechores habian sido invitados á la ceremonia que quiso presidir el Arzobispo de Ruan; asistian el alcalde y el prefecto y se notaban un gran número de simples jornaleros. Estaba el abate Le-Pailleur, que acababa de llegar á Ruan por primera vez. Los jornaleros no se cansaban de mirarle aplicándole los sentimientos de admiracion que les inspiraba la vida de sus hijas. Despues de la ceremonia le besaron las manos y el vestido y querian recibir su bendicion. No eran los únicos que sintiesen esta emocion: como el buen Padre diese las gracias á uno de los fabricantes de la ciudad que se habia mostrado generoso hasta el extremo en favor de la casa, este, apretándole las manos, le respondió con los ojos arrasados de lágrimas: «Yo soy quien debo daros las gracias; ántes de conocer á vuestras Hermanas yo no conocia á Dios: ellas me lo han hecho ver, me lo han hecho conocer y amar. Hoy tengo paz, soy cristiano y á vos lo debo »

¿Quién, en efecto, podrá resistir á su predicacion? por todas partes es eficaz. Cierto dia una madre y una hija se conjuraron para llevar á la casa de las buenas mujeres al jefe de la familia, hombre muy rico, muy apegado á los bienes de la tierra, y poco atento á las enseñanzas de la fe y á las leyes de la caridad. Le hicieron llevar una pieza de cinco francos que tomó de mala gana y que no queria sacrificar. Visita la casa, vé á las Hermanas, se asombra de su abnegacion y de su felicidad, vé á las buenas mujeres y le conmueve su aire de alegría. Al salir leyó sobre un cepillo junto á la puerta: «Bendita sea de Jesús y de María la mano que deja aquí un sueldo para los pobres.» Depone su moneda sin pen-

sar, al dia siguiente envia cien francos, y se convierte en bienhechor de la casa. Decia á la Madre: «Por cierto que con vuestros pobres me habeis abierto la puerta del cielo: ántes de conoceros era yo un mal cristiano y no queria á los pobres; ahora amo á los pobres y á Dios.» Es, en efecto, un cristiano ferviente.

Esta fundacion de Ruan, tan rápida y tan bella, y la de Burdeos, no ménos asombrosa, no eran propias para enfriar el celo de las Hermanitas, que en 1851 han fundado tantas casas como en 1850. En otro tiempo al comienzo de sus obras, al paso que no se hacia más que seguir las invitaciones de la Providencia, parecia á veces que se la provocaba. Ya se sabe cómo obraban: la casa de Paris, por ejemplo, cuya fundacion habia sido tan difícil, no triunfó de todos los obstáculos desde el momento que fué inaugurada. Las Hermanitas tenian trabajo en darse á conocer en esta populosa ciudad, y todos sus esfuerzos y los de sus mejores amigos producian pocos resultados. El demonio no se daba por vencido, continuaba suscitando toda especie de estorbos, y al cabo de muchos meses la casa no abrigaba más que unos veinte pobres. Los recursos eran poco abundantes, la subsistencia escasa y no se veia medio de mejorar la situacion. El *buen Padre* pasó á Paris, y como no se sabia dar cuenta del obstáculo que se le oponia, no sabia cómo vencerlo. Reflexionó, oró, consultó á Dios, y al fin tomó una resolucion: «ya sé lo que haré, dijo, voy á tomar el mayor número de pobres que pueda.» Ordenó á la superiora que admitiese cuantos pobres se presentasen, que fueron treinta en quince dias. Desde este momento abundaron los recursos, la casa se bastó á sí misma y pronto se debió pensar en engrandecerla.

En la época de la historia de las Hermanitas á que hemos llegado, no se necesitaban ya tales provocaciones, sino que al contrario se tenia mucho trabajo en contestar á las invitaciones de la Providencia y en bastar para cuanto ella presentaba. El *buen Padre* viendo tantas casas fundadas con tal rapidez (siete en diez y ocho meses), comprendió la necesidad de no darse prisa. De todas partes recibia demandas, pero se negaba enérgicamente, aplazando toda nueva empresa para diez y ocho meses ó dos años. Todo este tiempo se necesitaba, segun su modo de ver, para reunir un número suficiente de Hermanas propias para cumplir con las obligaciones de todas las casas, y ántes de aceptar nuevas empresas debia dejarse descansar un poco á las primeras

Hermanas, que quizas habian abusado de sus fuerzas. Este plazo era ademas indispensable para formar en el espíritu de las reglas á las nuevas Hermanas, instruirlas para que se condujesen por sí mismas y sostuviesen las casas léjos de la vigilancia de la Madre general y de los consejos del Fundador. Admirábase este de que se hubiese podido acudir á tantas fundaciones como se habian sucedido con tal rapidez; veia en ello un milagro de la Providencia y se lo agradecia, pero no queria tentarla. Antes de propagar más el Instituto queria dedicarse á fortificar su espíritu y á formar cuidadosamente miembros aptos para conservar la disciplina exacta, ardiente y llena de abnegacion de las primeras Hermanas Eran todos estos, buenos razonamientos; pero la Providencia tiene los suyos, que no son peores que los de los hombres. El *buen Padre* no habia aguardado á 1851 para dirigirse á sí mismo todos los discursos que acabamos de resumir. Habia ya tenido muchas veces ocasion de asombrarse al ver formarse y desarrollarse rápidamente en medio de las Hermanitas, algunas destinadas á dirigir las casas y á distinguir á su alrededor todas las que podian auxiliarlas y servir los diversos empleos. Hubiera creido oponerse á la voluntad de Dios si se hubiese negado á darles la ocupacion para la cual eran demandadas y de que parecian capaces. No sucedió de otra manera hasta 1851; las postulantes siguieron siendo muchas, las novicias adelantaron rápidamente en la vida religiosa, y entre las antiguas Hermanas las que debian pasar á ser madres se daban á conocer á medida que apremiaban las demandas y que diversas circunstancias obligaban al *buen Padre* á modificar la resolucion que se habia propuesto no alterar.

Por de pronto se ofreció un motivo con la propuesta de fundar una nueva casa en Paris. La guardia nacional de la décima legion reclamó el auxilio de las Hermanitas para fundar un asilo en favor de los viejos del cuartel décimo. La legion ofrecia una suma de catorce mil francos y pedia que se reservasen dos camas para cada una de las compañías, entregando la suma de ciento ó de ochenta francos segun fuese el sexo de los pensionistas. Se aceptó la oferta y se instaló la casa de la calle *du Regard*. Á pesar de haberse asegurado de antemano los recursos, la instalacion no se hizo con mayor lujo que el acostumbrado. Por la mañana fueron dos Hermanas á limpiar la casa y arreglarlo todo. Aun no estaban enteramente desocupados los aposentos; auxilió á las

Hermanas uno de los oficiales de la guardia nacional que más habia intervenido en el negocio, limpiando tambien, pero no arreglando, porque todavía no se contaba con un mueble. Entretanto y ántes de lo que se esperaba se presentó un pobre que el oficial ayudó á trasladar á uno de los aposentos y á acomodarlo lo mejor posible. El abate Le Pailleur no llevó más mueblaje que una estátua de Nuestra Señora, una estampa de San José y otra de San Agustin. Puso la estátua sobre una chimenea, pegó las estampas á la pared, se arrodilló y recitó un Ave Maria y un Pater con las Hermanas, dirigiéndolas luego palabras de consuelo, pidiendo á Dios que llenase y extendiese la casa y recomendando á sus hijas que tuviesen entrañas de madre para cuantos la habitasen. Semejante ceremonia era muy sencilla; pero la pobreza del lugar, la tierna edad de las Hermanas, la grandeza de su mision, la alegría del pobre recogido y la presencia del Dios invocado, le daban un carácter tan tierno que las lágrimas saltaban de los ojos. Desde este tiempo la casa se ha llenado, y con siete meses de antigüedad alberga á ciento cincuenta pobres.

El mes de Junio el señor Arzobispo ha bendecido la capilla. Este fué un motivo de fiesta en que tomó parte toda la legion de la guardia nacional; en la casa brillaba siempre la misma humildad, la misma pobreza, la misma gracia de las Hermanas ante Dios. La presencia de las primeras funcionarias del Estado que llenaban la capillita junto con los enfermos y las ancianas, atestiguaban que estahumildad, esta pobreza y esta gracia eran tambien poderosas para con los hombres. Al bendecir la capilla, Su Ilustrísima deseó que todas las ciudades de Francia y todas las parroquias de Paris conociesen pronto la abnegacion de las Hermanitas. Este deseo del primer pastor está ya en camino de cumplirse, pues se trata en este momento de fundar nuevos asilos en diversas parroquias de París (1).

Poco tiempo despues se ha establecido otra casa en Laval, donde la administracion del hospital habia recibido un legado con la condicion de establecer un hospicio de viejos. El legado era considerable, pues consistia en huertas, prado y casa; pero para una administracion

(1) La tercera casa de Paris se estableció en la calle de Correos y fué despues trasladada al bulevard Maras. La cuarta ha sido fundada en la calle de Royer-Collard por Mr. Hemon, párroco de San Sulpicio, para subvenir á las necesidades de los pobres de esta dilatada parroquia.

de hospital, tal legado es una carga. Aunque el prado y el jardin fuesen productivos y la casa buena, era preciso amueblarla y cubrir todos los gastos de un hospicio: enfermeros, criados, ecónomos, directores, etc., etc. La renta y aun el capital eran insuficientes para bastar á tantos gastos; se pensó en las Hermanitas, únicas que saben hacer algo de nada y fundan hospicios sin dinero, y esto no les cuesta ningun trabajo, segun ha demostrado la experiencia, y la cosa se les ha hecho tan natural que no parece que se den para ello la menor pena. Por cierto deben poseer algun secreto.

Aceptaron de muy buen grado los ofrecimientos de la administracion de Laval, reservándose completamente sin embargo su libertad: libertad que concede la Iglesia á todos sus hijos que consagran su voluntad á su santo servicio, y que les es, en efecto, enteramente necesaria para el cumplimiento de su mision Hace pocos meses que se ha abierto la casa de Laval, que sabrá prosperar como todas las que la han precedido.

Aceptando las diversas ventajas que se les proponian para la fundacion de algunos establecimientos, no renunciaban las Hermanitas al glorioso privilegio de edificar únicamente sobre las promesas de la Providencia. Su última fundacion recuerda la pobreza y la confianza de las primeras casas del Instituto. Llegaron á Lyon sin que hubiese nada preparado; eran casi desconocidas y sólo habian sido excitadas por algunas buenas almas que las visitaron en París: no tenian otro apoyo que la bendicion del Cardenal de Bonald, Arzobispo de Lyon, y que la palabra de Jesucristo á los que buscan en primer lugar el reino de los cielos. Como en Tours y en Rennes, hallaron un buen amigo que las albergó por algunos dias. Han abierto su casa el 1.° de Diciembre de 1851 y tienen ya veinte pobres. Sin duda que en aquella ciudad, eminentemente caritativa en medio de los jornaleros y fabricantes, su establecimiento no tardará más en extenderse ni alcanzará resultados ménos satisfactorios que en Ruan y Burdeos (1).

En el dia (1851) la congregacion de las Hermanitas se compone de unas 300 jóvenes; ¿quién consideraria digno de ocupar la atencion lo que hacen trescientas pobres jóvenes destinadas, por su nacimiento y educa-

(1) No nos engañábamos al hablar de esta manera en 1851, pues la casa de Lyon establecida en vástos edificios de la Villette, alimenta hace ocho años doscientos pobres.

cion, á servir de criadas en nuestras casas ó de simples jornaleras para coser y bordar? La prudencia humana no sabia cómo emplear tan débiles y frágiles instrumentos, pero la Providencia de Dios no los desdeña; resplandece en medio de esta debilidad y parece que en nuestros dias especialmente se complace en manifestarse. Este Dios amable y omnipotente prefiere los humildes y los pequeños; y miéntras se están discutiendo y ensayando con grandes gastos proyectos insensatos y ridículos para alivio de los pobres, encarga á trescientas muchachas que alimenten por sí solas, consuelen y alivien más eficazmente de lo que pudieran todas las leyes y todas las administraciones del mundo mil quinientos ancianos en nuestra nacion. En esto se vé el prodigio; los demas pormenores están de sobra: esto es lo que puede producir en un alma sacerdotal una sola chispa de la caridad divina. Inflamadas y unidas por su influencía. no sólo se dedican las Hermanitas al servicio de los pobres por miserables que sean, sino que sirven al mismo Dios. Le ofrecen, en la persona de sus pobres, el mismo consuelo que, segun la tradicion, le dió en otro tiempo Santa Verónica en el camino del Calvario. Cuando era el oprobio de los hombres, objeto de asco y de vergüenza para la naturaleza entera, escupido, cubierto de sudor y de cardenales, la Santa le enjugó el rostro con un lienzo, y es bien sabido cómo fué recompensada su accion, y ningun cristiano ha pensado jamas sin admiracion ni envidia en esta gloria de Verónica. Lo que esta santa efectuaba en el camino del Calvario con Jesús abrumado bajo el peso de la cruz, lo efectúan en el dia las Hermanitas de los pobres, y no debiera ser menor la admiracion. Tambien ellas se aproximan al rostro de Jesús pobre y despojado, ultrajado, insultado, rechazado y despreciado; tambien enjugan su faz divina con gran misericordia y grande amor. En aquellos dias para llevar á cabo este acto de amor para con el divino Maestro, la santa tuvo que desafiar los gritos de la multitud, las violencias de los soldados y el desprecio universal en que se habia cambiado el triunfo del dia de Ramos, aquel desprecio tan poderoso, bastante á que los discípulos huyesen y San Pedro renegase á su Maestro. Las Hermanitas tienen hoy que vencer la prudencia del mundo y los deseos de la naturaleza, que deben violentar para seguir un camino opuesto al de sus inclinaciones. No está todo en vencer la repugnancia por viejos sórdidos y asquerosos

cubiertos de feas enfermedades, pues ademas de los cuidados tributados á estas pobres criaturas en que la fe de las Hermanas les hace distinguir los rasgos divinos del Salvador, es preciso apacentarse de humillaciones y de pobreza, de una pobreza tal que cuanto hemos dicho no es bastante á dar de ella una idea á los que no han sido admitidos á penetrar sus misterios.

Las casas de las Hermanitas están faltas de todo: despues de haber triunfado de una natural delicadeza con respecto á alimentos formados de sobras recogidas de todas partes, se siente en cada momento la falta de los muebles más usuales y más indispensables. No sólo se carece por más ó ménos tiempo al principio de las fundaciones de camas, jergones, ropas de abrigo; casas desde largo tiempo establecidas y para las cuales la caridad pública, aunque siempre activa, no tiene acaso la viveza de los primeros dias en que nadie ignoraba la penuria de las Hermanas; casas de largo tiempo establecidas, decimos, están, por ejemplo, desprovistas de sillas, pues aunque cada viejo tenga una, las Hermanitas deben privarse de ellas, carencia bastante general en sus casas para que las Hermanas hayan adquirido la costumbre de sentarse sobre sus talones. En esta humilde posicion y sus corazones todavía más humillados les agrada escuchar las instrucciones de su Padre y los consejos de su Madre en la sala de comunidad.

Cierto dia un Jesuita visitaba una de sus casas; entró en el refectorio á la hora en que la comunidad iba á comer, y vió que en lugar de vasos las Hermanas tenian tazas de todas dimensiones, botellas de mostaza, botes de confitura, todo mellado, roto y en tal estado que el buen Padre invitó al primer penitente que se le presentó á que mandase inmediatamente una docena de vasos al asilo de los pobres. Entrando en semejantes pormenores, no hacemos más que indicar todo un órden de hechos que no hemos sino entrevisto, pues es necesario descubrir ó adivinar estas necesidades. Las Hermanitas se guardan de confesarlas; colectan y reciben con gratitud, pero no piden nada para sí mismas. Temen abusar de la benevolencia que se les manifiesta, y creen siempre que se hace en favor suyo más de lo que merecen.

En medio de esta pobreza que debe imaginarse la más grande y más completa que se pueda, se admira, segun hemos ya indicado, la felicidad y la inocente alegría de las Hermanitas. La alegría viene del alma y nace en los más ocultos pliegues de la conciencia. ¿Quién

será capaz de explicar la tranquila y sublime embriaguez que trasportó á Santa Verónica cuando reconoció en el lienzo la imágen de Nuestro Señor? Nuestras Hermanas sienten la misma alegría cuando ven reproducirse esta misma imágen en las almas confiadas á su caridad. No llegan á cansarse de esta emocion: cada anciano que se convierte á Dios es para estas almas motivo de una fiesta. Esta fiesta se renueva á menudo y nada se descuida que pueda legitimarla. De ordinario en las casas recientemente fundadas y en que hay algunos pobres se predica un retiro, que produce un núcleo de personas dadas á Dios y que ejercen luego á su vez una especie de propaganda con respecto á los compañeros con que los une la Providencia. Nada iguala la alegría de estas pobres criaturas reconciliadas: abrazan á las Hermanas llorando y danzando, y no saben cómo expresar su felicidad y su reconocimiento. Sesenta años hace, decia una, que no me he acercado á Dios, y voy á recibirlo mañana! Ninguno de los huéspedes de estas casas benditas puede resistir á la gracia de la caridad que Dios les reservaba al fin de todas las pruebas de su triste carrera. Comprenden bien esta misericordia y la celebran. Un pobre barbero, imposibilitado de ejercer su oficio por un reumatismo en los dedos, despues de haberse confesado, estaba mirando sus pobres manos enfermas, y preguntándole lo que miraba: «El dedo de Dios,» contestó. Esta resignacion y esta confianza brillan por todas partes. Fácil es comprender la alegría de las Hermanas; como que han hecho ya su eleccion, quieren la abyeccion, la pobreza, la humillacion y el sacrificio, y han aceptado con toda su voluntad el camino que recorren; mas todos los desgraciados que ellas albergan, viejos sumidos en el vicio, que desde tantos años no se habian acercado al Dios de la reconciliacion, que habian arrastrado su vida en constante rebeldía contra todos los deberes y todas las leyes, ¿no es acaso un milagro verles felices, contentos, consolados, amando á las Hermanas y llenos de confianza? la mano de Dios está allí, es cierto. Bajo el gobierno de esta mano amable, todo prospera y florece. No se percibe rastro de tristeza en estos asilos abiertos por las Hermanitas, donde en medio de una encantadora limpieza reina do quiera la paz acompañada de la alegría. Muchos de estos ancianos reconocen que jamas habian llevado mejor vida, y no es de extrañar, pues han adquirido la paz de la conciencia. A más de que al mismo tiempo que les cuidan y les ali-

mentan, hallan todavía medio de hacerles mil agasajos, á los cuales aquella pobre gente corresponde con demostraciones de cariño. Los tratan como niños, y en efecto, adquieren el carácter de tales: la indiferencia, la risa ingenua, la simplicidad y la alegría: la alegría en especial que se tiene mucho cuidado en excitar y conservar. Se canta y se hace cantar á las pobres viejas; se danza y ellas danzan tambien; pero esto no sucede sino en los dias solemnes.

Todo sirve sin embargo de pretexto para estas espansiones de alegría; la fiesta de la Madre, de una Hermana, el engrandecimiento de la casa, etc., etc. En estas circunstancias se halla siempre un bienhechor que aumenta la comida de estas pobres criaturas con un regalito que ellas reciben dando gracias á Dios. Y ¿quién no quisiera contribuir á semejantes fiestas? Ultimamente la casa de Ruan celebraba el aniversario de su fundacion, tributándose todos los honores á la pobre mujer que habia sido la primera recibida en el asilo. Adornaron su silla de flores y coronaron á la anciana, y las demas aplaudian riendo y de muy buen grado este triunfo de su compañera, tan vieja y tan desvalida como ellas. En particular las ceremonias religiosas reciben en el asilo de los ancianos un aspecto encantador. Ocasiónanlas las festividades de Nuestra Señora, la instalacion de los Viacrucis, ó la bendicion de la capilla. Tuvimos el placer de asistir una vez á la procesion de la fiesta del Santísimo Sacramento. Las buenas Hermanas despues de sus dias de trabajo habian empleado muchas noches en preparar las estaciones. Un vicario de la parroquia llevaba el Santo Sacramento y habia traido algunos monacillos para llevar los cirios y los incensarios. La procesion se componia de los pobres de ambos sexos que precedian el Santísimo por las estrechas calles de un miserable huerto. Las Hermanas cantaban los cánticos, á que respondian en coro todos los pobres enfermos, balbuceando, tosiendo y cojeando. En los extremos de las calles, junto á las estaciones, estaban sentados ó de rodillas, devotos y recogidos, todos los que no hubieran podido, sino causando mucho desórden, formar parte de la procesion; en las ventanas se veian los impedidos que no podian moverse de su cama ó de su silla, con las manos cruzadas y el rosario entre los dedos recibiendo la bendicion del Dios que se complace en medio de los pobres; al influjo de tan benéficas impresiones, estas pobres criaturas tan acariciadas, tan

mimadas y tranquilas se acostumbran á amar y á gustar de Dios. En esta calma y en esta alegría, á la vez tan pobres y tan respetables, preparan su feliz eternidad y la miran acercarse con inalterable dulzura. Yo he visto una pobre, el dia en que la viaticaron, quien preguntándola cómo estaba, contestó: «muy dichosa, muy dichosa: yo espero que Dios me dará muy pronto un lugar en su Paraíso;» pidió luego que se orase por ella. Estaba tendida en su blanca cama, con las manos unidas y el rosario entre los dedos, con un aire tan venerable y tan tranquilo, que se podia envidiar la gracia de semejante muerte. Habia sido recogida en el asilo desechada por sus hijos que no querian mantenerla: crueldad que no queria perdonarles, pero al lado de las Hermanitas se habia instruido en las lecciones del divino Maestro. Murió con el perdon en el corazon, con la esperanza y la alegría en los labios, apacible, tranquila, y como decia con admirable acento, muy dichosa.

No acabariamos si quisiésemos contar todos los rasgos edificantes y encantadores que se observan en las casas de las Hermanitas. El corazon y el espíritu se complacen en tales relatos y atestiguan que no está todo perdido en nuestra patria y queda todavía lugar para el sacrificio, la abnegacion y la caridad Miéntras que las doctrinas socialistas y materialistas, fruto natural y necesario de ciertas teorías de progreso mal entendido y del afan de bienestar, propagados por todas partes en nuestros dias por medio de los periódicos y de los libros; miéntras que estas doctrinas impías se derramaban por do quiera y excitaban aquella sed de goces materiales de que nuestro siglo ha presenciado ya tan terribles resultados, la Obra de las Hermanitas de los pobres crecia y se propagaba como una protesta del espíritu de fe y de piedad, como una prenda de misericordia y un manantial de bendiciones. Nada la detiene: su décimacuarta casa ha sido comprada en 1848 en medio de la revolucion de Febrero, y están para abrirse en Marsella y en Lila la décimaquinta y la décimasexta.

Esperemos que su crecimiento será cada vez más rápido, que se conservará siempre el mismo espíritu, y que todas las ciudades de Francia conocerán en breve á las Hermanitas de los pobres. Jamas tuvo el mundo mayor necesidad de caridad y de oraciones, de respeto y amor á la pobreza. (1851.)

Adicion (1859).—Haciendo reimprimir hoy esta reseña, hubiéramos podido completarla y contar los progresos de la Obra de las Hermanitas durante los ocho años últimos; pero nos ha amedrentado la magnitud de la empresa.

La Obra tan humildemente inaugurada en San Servando ha pasado á ser una de las más imponentes y más poderosas manifestaciones de la caridad en nuestra época. Cerca de mil Hermanitas han abrazado la manera de vivir que ensayaron en la buhardilla de Fanchon Aubert, María Agustina de los Dolores (*de la Compassion*), María Teresa y María de la Cruz (Juana Jugan); ocupan cincuenta y tres casas en Francia y en el extranjero, y cuidan y mantienen siete ú ocho mil pobres viejos. Por todas partes se han renovado las maravillas de los primeros dias y se ha fortificado y desarrollado el espíritu de las primeras Hermanas. El humilde grano plantado, no hace todavía veinte años, por una mano sacerdotal, ha adquirido por medio de la abnegacion y de la humildad una admirable germinacion; se ha convertido en un grande árbol cuyas ramas se extienden á lo léjos y á cuya sombra saludable descansan muchas almas, cantando como en un asilo bendito su último cántico de accion de gracias en la paz y en el amor de Dios. No es ya materia para una simple noticia, sino asunto de una grande historia, y acaso no ha llegado el tiempo de escribirla. Á las noticias que hemos podido recoger acerca de los comienzos de la Congregacion de las Hermanitas de los pobres, no haremos más que añadir la lista de las casas que hoy le pertenecen, con las fechas de estas diversas fundaciones:

1840 San Servando.
1846 Rennes.
1847 Tours.
1849 Nantes.
1849 Paris, calle de San Jacobo.
1849 Besanzon.
1850 Angers.
1850 Burdeos.
1850 Ruan.
1850 Nancy.
1851 Paris, calle du Regard, despues avenida de Breteuil.
1851 Laval.
1851 Lyon.
1852 Lila.
1852 Marsella.
1852 Burges.
1852 Pau.
1852 Vannes.
1852 Colmar.
1852 La Rochela.
1852 Dijon.
1852 San Omer.
1852 Brest.
1853 Chartres.
1853 Lieja.

1853 Bolbec.
1853 Paris, calle de Correos-Beauveau.
1854 Tolosa.
1854 San Dizier.
1854 Havre.
1854 Blois.
1854 Bruselas.
1854 Mans.
1854 Tarara.
1854 Paris, calle de Royer-Collard, despues N. D. des Champs.
1855 Orleans.
1856 Estrasburgo.
1856 Noviciado en la Torre de San José en San Pern, junto á Bécherel (diócesis de Rennes).
1856 Caen.
1856 San Estéban.
1856 Perpiñan.
1856 Lovaina.
1856 Montpeller.
1857 Jemmapes.
1857 Agen.
1857 Poitiers.
1858 San Quintin.
1858 Lisieux.
1858 Annonay.
1859 Amiens.
1859 Roanne.

Como á los ojos de los fieles no basta el número de establecimientos para fijar la existencia de una familia religiosa, añadiremos que, por decreto de 9 de Julio de 1854, el Soberano Pontífice ha aprobado la Congregacion de las Hermanitas de los pobres fundada por el abate Le-Pailleur, hoy Superior de esta familia que no ha dejado nunca de gobernar.

La Congregacion disfruta tambien en Francia de los beneficios del reconocimiento legal á efecto de un decreto imperial de 9 de Enero de 1856.

Las Hermanitas siguen la regla de San Agustin con constituciones adecuadas á su género de vida.

Hallándose estrecho el noviciado establecido en Rennes ha sido trasladado á la Torre de San José, junto á Bécherel (diócesis de Rennes). Monseñor Godofredo Saint-Marc, siempre muy bondadoso para la Obra, en Julio de 1856 inauguró y bendijo solemnemente, en medio de un gran concurso de sacerdotes, este nuevo noviciado que cuenta ahora á lo ménos ciento cincuenta novicias y postulantas.

Léon Aubineau.

CONTINUACION.

(1859 á 1862.) Tal era el estado de la Obra de que nos ocupamos, el año 1859 en que se imprimió en Francia la reseña histórica cuya traduccion termina con el párrafo precedente. Siguiendo el sistema que el autor de la misma se ha impuesto, y esperando que un dia salga á luz una historia detallada de la Congregacion de las Hermanitas de los pobres, cuya época, pensamos con el expresado escritor, no ha llegado todavía, daremos á nuestros lectores una sucinta idea de los progresos que viene haciendo desde entónces esta admirable Institucion.

Despues de la última casa fundada en 1859, (la de Roanne) no han cesado las solicitudes de varias poblaciones de Francia y aun del extranjero pidiendo las Hermanitas, y siguieron en consecuencia las fundaciones de Valenciennes, de Grenoble, de Draguignan, de Béziers (A) y otras. Á este periodo pertenecen las fundaciones de Lóndres; y es de notar cómo Dios ha querido ostentar allí muy particularmente su admirable Providencia en favor de estas Religiosas. Sabido es cuántas preocupaciones abrigaba la gran capital del Reino Unido contra las Obras é Institutos católicos, y que nuestros sacerdotes no creian prudente salir en público con otro traje que el seglar; pues bien, todas estas preocupaciones han cedido ante el espectáculo de tan sublime caridad. En aquel país donde parecia proscrito todo hábito religioso, las Hermanitas vistiendo el humilde hábito de su Órden, recorren las calles y los mercados, haciendo sus cuestaciones, excitando en to-

das partes, más todavía que el respeto, la simpatía y el asombro.

Tambien se hizo por este tiempo la fundacion de Ginebra, única que hasta ahora existe en Suiza. Conocen de seguro nuestros lectores la fama de intolerante respecto á todo lo que huele á catolicismo, que tenia adquirida la que con gran énfasis se ha titulado hasta aquí *la Roma Protestante.* Sabidas son las luchas, que iniciadas á principios de este siglo por el incomparable Mr. Vuarin, primer cura de Ginebra despues de la llamada Reforma, vienen sosteniendo los católicos contra el viejo espíritu calvinista, que ha defendido palmo á palmo el terreno, habiendo costado una reñida batalla cada Instituto católico que se ha introducido en el territorio de aquella República. Las Hermanitas no habian de salir mejor libradas, y San Miguel Arcángel, bajo cuya advocacion se puso aquella casa, hubo de trabajar no poco para vencer el espíritu de Satanás, que habia formado grande empeño en estorbar aquella fundacion. Las autoridades del Canton no querian á ningun precio tolerarlas, y estas pobres Religiosas se vieron más de una vez expuestas á ser expulsadas hasta por la fuerza, que tal habia sido la resolucion de los gobernantes en votaciones formales y solemnes. Su fe en la Divina Providencia las tenia, sin embargo, serenas y confiadas en medio de estas tempestades, que sólo por grados fueron amansándose; y la tierra de Calvino y de Rousseau se ha acostumbrado á ver y á respetar en sus calles y mercados el pobre y modesto hábito de la Hermanita. La casa asilo de los pobres, que contiene unos noventa ancianos, se halla en Carouge, á unos tres kilómetros de la capital, y segun tenemos entendido, el edificio y el vasto terreno que lo circuye, han sido costeados por una persona que no pertenecia á nuestra comunion, y que ha sido tocada visiblemente por el dedo de Dios en favor de las Hermanitas.

La extensa casa de *la Villette* en Lyon no bastaba ya

para las necesidades de aquella populosa ciudad industrial, y fué preciso buscar otra en el barrio llamado de la Croix-Rousse, centro de la poblacion obrera, que tanto abunda en la antigua y floreciente capital del departamento del Ródano. Es de advertir que las casas de las Hermanitas son por su naturaleza limitadas; su administracion y el cuidado de alimentar y vestir á los pobres, pesan exclusivamente sobre una pobre Religiosa, y no debe abusarse de sus fuerzas físicas y morales, por más que las aumente y sostenga la fe constante y esquisita en la Divina Providencia; por esto en las grandes ciudades se prefiere el aumento de casas á hacer una muy grande que pudiese contener muchos pobres. Dos ó trescientos es el *maximum* que conviene; y á este principio, que contribuye poderosamente á mantener en estos asilos el espíritu de familia que tanto influye en el bienestar moral y material de los albergados, se debe la multiplicidad de casas que se observa en Paris, en Lóndres y en Lyon, y que sin duda seguirá en otras ciudades populosas.

Despues de estas fundaciones y en el periodo que rápidamente describimos, Manchester y Bristol en Inglaterra, Bruges en Bélgica, Glasgow y Dundee en Escocia, así como Niza, antigua ciudad piamontesa, ahora perteneciente á Francia, y Lorient, Nevers, Flaire, Cambrai, Metz y por fin Namur, en esta última nacion, tuvieron la dicha de recibir en su seno á las humildes hijas del Padre Le-Pailleur, para edificacion y consuelo de sus pobres ancianos desvalidos.

Tantas fundaciones en tan corto espacio de tiempo atestiguan el rápido desarrollo en estos años, de esta Obra de Dios, digna de la fe y de la caridad de los primeros tiempos del Cristianismo. Los mismos portentos, las mismas pruebas, los mismos consuelos, las mismas alegrías han acompañado como á todas, á estas nuevas fundaciones. Siempre la mano de la Providencia mostrándose visible en todas estas creaciones suyas; siem-

pre proporcionando los recursos á medida de las necesidades, y nada más; siempre combatiendo los esfuerzos del maligno que se opone en cuanto puede á la propagacion de una Obra destinada á salvar muchas almas.

(1863 á 1867). En los designios de Dios estaba que España, la católica España, debia poseer tambien este tesoro para sus pobres ancianos, y aquí como en todas partes, la Providencia debia valerse de los mismos humildes instrumentos para producir grandes resultados.

Á últimos de Enero de 1863 se reunian en Barcelona algunos amigos, socios de San Vicente, para tratar del establecimiento de una obra de caridad. Uno de ellos que habia visitado en Mayo de 1860, hallándose en Paris, la hermosa casa de las Hermanitas de la avenida de Breteuil, y que desde entónces habia formado, y alimentaba de continuo, el pensamiento de traerlas á España, habló á sus compañeros con entusiasmo de esta Institucion, inspirándoles el deseo de verla establecida en aquella ciudad. Escribió en seguida al efecto á un sacerdote de Paris, y á la vuelta de pocos dias habiendo el Padre Le-Pailleur y la Madre Superiora general acogido con benevolencia el pensamiento, se decidió que la Madre asistenta general María de la Concepcion con otra Hermanita fuesen á Barcelona para tratar de aquella fundacion.

El dia 19 de Marzo, fiesta de San José, protector de la Congregacion, llegaron á la antigua capital del Principado, acompañadas de la persona que las habia llamado, aquellas dos Hermanitas, hospedándose en una casa particular. Poco tardaron en conocer que en aquel país católico y caritativo habian de sobrar los recursos para una Obra tan recomendable; así es que obtenida la vénia de quien corresponde, quedó resuelta desde luego la fundacion. Buscóse casa en que instalar á las Herma-

nitas, y las cosas marcharon tan aprisa, que habiéndose hallado una habitacion algo capaz en la calle de la Canuda, número 31, fué alquilada el 26, trasladándose á ella inmediatamente las dos Religiosas, confiando como en todas partes con los auxilios de la Providencia. Dado aviso por telégrafo al Padre Fundador del estado que tenian las cosas, envió sin demora la pequeña comunidad que debia ponerse al frente del establecimiento, compuesta de la Madre María Isabel como superiora, de una Hermanita asistenta, y de tres Hermanitas más, que llegaron á Barcelona el 1.º de Abril, en aquel año dia de Miércoles Santo.

No tardó Dios en dar visibles señales de su proteccion á aquella primera casa. Una persona que quiso ocultar su nombre, dió desde luego con que pagar un año de alquiler; sabiéndose por algunas piadosas personas y por lo que dijo al público el *Diario* de la localidad, que las Hermanitas se habian instalado en la referida casa, y que ordinariamente carecen de todo en el comienzo de sus fundaciones, no cesaron de afluir á la casa de la calle de la Canuda donativos en dinero, ropas nuevas y usadas, y artículos de consumo de todas clases; y lo que más precioso es para estas buenas Religiosas, muchos pobres ancianos en busca de albergue y sustento. Quince ó diez y seis pobres quedaban ya admitidos é instalados en la casa á mediados de Abril, y no transcurrieron muchos dias sin que se viese completo el número de los que la misma podia contener.

No queremos pasar en silencio un hecho que tuvo lugar, al admitir el primer pobre hombre que albergó la casa. Habíase empezado por recoger mujeres, que abundan por cierto en esta clase desvalida, y aunque se tenia destinado un cuarto de la casa, único que habia podido separarse, para alojar á cinco ó seis ancianos, nada habia todavía preparado para ello.

Era un miércoles al anochecer, y se presenta un pobre viejecito de 84 años, pidiendo ser admitido. La Ma-

dre asistenta general le dijo que volviera dentro de algunos dias, pues no podian recibirlo en aquellos momentos, faltándoles todo lo necesario para alojarlo y mudarlo; (venia el pobre lleno de inmundicia y andrajos) insiste el anciano diciendo que no sabia dónde ir á pasar la noche; y al anunciar su nombre, que era el de José, prorumpe la Madre Isabel diciendo: «se llama José, y hoy es el dia dedicado al Santo, es San José quien nos le envia, guardémosle. .» Dicho y hecho; se preparan para limpiarlo y mudarlo, pero en aquel momento se acuerdan de que no tienen ropa alguna para hacerlo. «Vaya V., (dijo la Madre asistenta á la Superiora) vea si entre los vecinos encuentra alguna camisa y alguna ropa usada de hombre con que cambiarlo.» Sale, en efecto, la Superiora, y ántes de que hubiese tenido tiempo de hablar con nadie, llega un desconocido y trae un traje nuevo completo para hombre, y á poco rato vuelve la Madre Isabel con otras ropas de la misma clase, ya usadas. Hechos como este, tan repetidos en las fundaciones de las Hermanitas, podrán parecer casuales á las personas indiferentes: nosotros, hombres de fe, preferimos ver y contemplar en ellos la mano de la divina Providencia, y otra prueba más de la visible proteccion que dispensa al Instituto.

Empezó por aquellos dias la Madre Superiora con otra Hermanita las cuestaciones en los mercados, y las buenas vendedoras dieron en abundancia verduras y legumbres con la mejor voluntad del mundo. No tardó en proporcionar el buen San José una hermosa borrica y una modesta tartana con que ayudar á las Hermanas á transportar á la casa el fruto de las abundantes colectas, y los muebles y otros objetos de peso que no podrian llevar sobre sus hombros.

Manresa habia de ser la segunda poblacion de España que debia verse favorecida con una fundacion de Hermanitas de los pobres. Habiéndose acordado la supresion de la mendicidad, y teniendo noticia aquellas

autoridades locales del nuevo Instituto que poseia Barcelona, creyeron que nada podia favorecer su intento como el establecer un asilo para los ancianos pobres y mendigos, que no faltaban en aquella ciudad, y confiarlo á estas buenas Religiosas.

Diéronse los pasos necesarios cerca de los Superiores, y en su misma residencia de la Torre de San José se pidió y obtuvo á últimos de Mayo de 1863 la fundacion de Manresa. Habíase cedido para casa de beneficencia el ruinoso edificio que fué convento de Capuchinos, deliciosamente situado; y allí, al lado mismo de la cueva donde el gran San Ignacio escribió sus admirables ejercicios espirituales, que tantas almas han ganado para el cielo, se instalaron en 23 de Agosto siguiente las Hermanitas de los pobres, medio reparadas algunas piezas, y faltando todavía puertas y cerraduras en muchas ventanas. Hoy aquella casa, en la que con los auxilios de Dios, se han hecho muchas reparaciones y construido una hermosa capilla interior, contiene sesenta y tantos pobres ancianos de ambos sexos, y á pesar de los cortos recursos de una ciudad subalterna, no falta lo necesario para mantenerlos (B).

Entretanto Barcelona no podia quedar rezagada: el Padre Le-Pailleur habia escrito á la persona que se le habia dirigido para aquella fundacion, pocos dias despues de haberse realizado, las siguientes frases: «Tengo »la mayor confianza en que Dios bendecirá tantos es»fuerzos, y en que esta semilla por V. sembrada en la »católica tierra de España, germinará y dará abundan»tes frutos, no sólo en esa ciudad de Barcelona, si que »tambien en otras muchas, segun la voluntad de Dios, »para su gloria, para la manifestacion de su Providencia »y para bien temporal y espiritual de un gran número »de sus pobres.» Esta confianza, y casi diríamos esta prediccion, no podia quedar y no quedó defraudada en un país protegido por la Santísima Vírgen de la Concepcion, patrona del Instituto. Eran numerosos los pe-

didos de los pobres para entrar en la casa de las Hermanitas, y la de la calle de la Canuda no podia ensancharse, y era muy limitado el número de los que podia contener. Pensóse en una casa del *Ensanche* que se estaba concluyendo en la plaza Cerdá, y en pocos dias quedó ajustada, y se procedió á su habilitacion para ser habitada por los interesantes huéspedes que habia de albergar. En 1.° de Diciembre del mismo año 1863, la nueva casa abria sus puertas á las Hermanitas y á sus pobres: en ella pudieron admitirse hasta 160 ancianos de los dos sexos, y allí pudo desarrollarse y darse á conocer la Obra de tal modo, que muy pronto ganó el afecto y las simpatías de las clases todas de aquella industriosa poblacion.

El fruto de estas simpatías debia manifestarse algun tiempo despues, pues habiendo surgido dificultades para la continuacion del arriendo de la casa del *Ensanche* hubo de pensarse por las Hermanitas y por sus bienhechores en edificar una casa pro pia, contando sólo como siempre con el auxilio de la Providencia, que no ha dejado de ostentar su poder en todos los siglos, en empresas de esta naturaleza. Asomaba el año 1866, año excepcionalmente funesto para todos los intereses de la ántes floreciente capital del Principado, y en medio de estas aflictivas circunstancias, aprovechando algunos recursos que Dios proporcionaba, se tuvo el valor de proyectar la Obra. La empresa arredraba á muchos, la prudencia humana aconsejaba desistir de semejante intento; se escribió al Padre Superior exponiéndole todas las razones en pró y en contra, y la respuesta por telégrafo: «Adelante, confianza en la Providencia,» quitó todos los escrúpulos.

Concertóse un terreno bastante espacioso en el mismo *Ensanche*, frente la estacion del ferro-carril de Zaragoza; dióse principio á las obras, y Barcelona atónita pudo presenciar en Marzo de este año, (1867) y ántes de cerrar el cuarto año de su fundacion, la traslacion de los

pobres y de las Hermanitas á la nueva y grandiosa, pero modesta casa, que ha de albergarlas para siempre. Dios ha querido premiar este gran acto de fe y demostrar al mundo el poder de las Obras que en Él ponen toda su confianza.

Nos habíamos distraido un poco al hablar de la casa de Barcelona, y hemos de volver la vista atras, porque en el mismo año 1863, tan fausto en este sentido para nuestro país, presenciaba España otra fundacion de Hermanitas en su más privilegiado suelo. Granada, la poética, la hermosa Granada, Eden del musulman, que los Reyes Católicos conquistaron y devolvieron al culto del Dios verdadero, realizando al mismo tiempo la unidad de esta nacion venturosa, informada pór quien tenia en ella amigos, de la reciente introduccion y de los progresos del Instituto en Barcelona, habiendo leido la sucinta historia del mismo, que dejamos reproducida en este opúsculo, se apresuró por medio de las personas más visibles de la poblacion á pedir al Padre Le-Pailleur que concediese á la ciudad de San Juan de Dios una fundacion de estas, que bien pueden llamarse nuevas hijas de tan gran Santo. Es tan sentida y llena de uncion la carta en que se pedia la fundacion de Granada, y tan poderosas las razones que la abonaban, que los buenos Superiores no pudieron ménos de otorgarla, arrasados los ojos en lágrimas de ternura. La víspera de Navidad llegó allí la pequeña y santa colonia, conducida por la Madre Lucía, superiora en 1860 de la casa de Paris de la avenida Breteuil, en donde, como dijimos en su lugar, creemos inspiró Dios la primera idea de traer á España las Hermanitas de los pobres.

Se han hecho algunas tentativas para edificar una casa propia y lo han retardado hasta ahora las circunstancias; pero tenemos razones para pensar que no está léjos la realizacion del proyecto. Entretanto viven las Hermanas con sus ochenta ó noventa pobres ancianos en una espaciosa casa que conserva tradiciones del hé-

roe de la Caridad, honor de nuestra patria, San Juan de Dios.

La de Lérida siguió á estas fundaciones en el año inmediato de 1864, y por cierto que fué laboriosa, como en algunos puntos, por falta de casa á propósito. Empezóse en un cuarto segundo de condiciones poco favorables, y aun cuando poco tiempo despues pasaron al piso principal de una hermosa casa con jardin de la calle de Caballeros; por la dificultad de subdividir el local no han podido albergarse en ella más que veinte y tantas mujeres ancianas. El celo y la generosidad de las buenas personas que allí tomaron la iniciativa y que han seguido constantemente favoreciendo la Obra, no podia quedar ocioso, y merced al desprendimiento de una de ellas, muy pronto irán á ocupar las Hermanitas un bonito y bien situado edificio que se está concluyendo, con capilla, agua, huerto y hermosas vistas al campo, donde se alojarán cómodamente sesenta y tantos pobres de ambos sexos, que es lo bastante para aquella poblacion.

Lorca, á donde habia llegado la fama de la abnegacion de estas sencillas y caritativas Religiosas, quiso tambien confiar á su celo el cuidado de sus pobres ancianos. El convento de San Diego fué cedido al efecto por la municipalidad, habiendo tomado la iniciativa, secundado por otras personas piadosas, el esposo de una santa señora que falleció en el anhelo de ver esta fundacion en su país, y cuyo objeto, aun ántes de conocerla, se habia anticipado á imitar, albergando y manteniendo en su casa perennemente á dos pobres ancianas. Se adquirió la huerta del convento que habia sido enagenada, y este asilo de Lorca, que contiene por ahora sesenta y tantos viejecitos de uno y otro sexo, que bendicen á la Providencia por el favor que les ha dispensado, goza como en todas partes de la proteccion de aquellas autoridades y de las simpatías de la ciudad.

Por este tiempo, (Diciembre de 1864) el buen Padre

Fundador y la Madre Superiora general, al ver el progreso de su Obra en España, acordaron hacer un viaje á este país, á fin de visitar las casas establecidas, ver por sus ojos el estado de las cosas y juzgar por sí propios de la conveniencia y de la oportunidad de otras fundaciones que estaban indicadas. Muchas fueron las satisfacciones de que se vieron rodeados los Superiores en este viaje, en que emplearon unos tres meses, y muchas las ciudades que les pidieron sus Hijas. Al paso por Cataluña visitaron el famoso monasterio de Monserrat, y allí en aquellos sagrados riscos donde se venera hace once siglos la prodigiosa Imágen de la Madre de Dios, bajo el título con que es conocida del mundo entero la original y pintoresca Montaña, pusieron los Fundadores las nacientes casas de España y las que más adelante se estableciesen en este suelo, bajo la especial proteccion de la Santísima Vírgen, que ántes de ahora y en aquel mismo sitio habia sido visitada é invocada por otros fundadores de Órdenes Religiosas que han dado y dan todavía dias de gloria y no poco consuelo á la Iglesia. Pasaron de Cataluña á Granada y á Lorca los Fundadores, y en esta escursion, Málaga y Antequera á donde habia llegado la fama del Instituto, pidieron sus respectivas fundaciones, que tuvieron la dicha de ver realizadas en el curso del año 1865.

En Málaga, personas notabilísimas por su bondad y su posicion, se han hecho los decididos protectores de las Hermanitas. Por ahora ocupan una casa alquilada que da asilo á ochenta y tantos pobres ancianos; todo estaba preparado en aquella hermosa ciudad para empezar las obras de un edificio nuevo á propósito, y cuyos planos creemos están concluidos y aprobados. La crísis que afectó y pesa todavía sobre las principales ciudades mercantiles de nuestro país, es seguramente causa de que no se haya levantado la construccion deseada.

Aunque no es cosa nueva en la interesante historia de las Hermanitas, no queremos pasar en silencio un

hecho ocurrido en Málaga en los primeros tiempos de aquella fundacion, que es á la vez la confirmacion de la proteccion del glorioso San José en favor del Instituto, y de la fe ciega de estas sencillas Religiosas en su patrocinio y en la Providencia divina.

Una mañana en que nada habia quedado de las provisiones del dia anterior, amaneció lloviendo á torrentes. Ni tenian paraguas las Hermanitas, ni este mueble habria servido para nada en aquellos momentos. La cocinera se presentó á la buena Madre diciéndola que no tenia con que preparar la comida; la lluvia era tan extraordinaria y pertinaz, que no le ocurrió á esta enviar al mercado á la Hermanita demandadera «San José sabe bien, respondió, que nada tenemos y que es imposible salir; él proveerá.» Y en efecto, eran las nueve de la mañana, el aguacero no cesaba, y en medio de lo fuerte del temporal llaman á la puerta: era un Guardia civil que mojado como una sopa, llevaba de parte de la autoridad doce libras de carne, que habian sido decomisadas por haber querido introducirse con defraudacion de los derechos de consumo.

La fundacion de Antequera hecha bajo la advocacion del Sagrado Corazon de Jesús sucedió á la de Málaga; empezó allí con modestas proporciones y siguió adelantando como todas. Pronto estuvo llena la pequeña casa que sirvió de primer asilo á los pobres de las Hermanitas, pero no tardó San José en proporcionar otra mayor. El caso fué como sigue, y tenemos una singular complacencia en darlo á conocer á nuestros lectores con toda su encantadora sencillez. Dijeron á la Superiora que habia en la ciudad una casa grande pero muy destartalada que pertenecia á un título, y que tal vez se la alquilarian. Fué á verla, pero al paso que vió que en efecto era muy capaz, conoció que habria que gastar algo para habilitarla. Ocurrióle escribir al dueño, en estos ó parecidos términos: «Señor M... la casa que habitamos con nuestros pobres es muy pequeña para las ne-

cesidades de esta poblacion; V. tiene una bastante grande en la calle tal, en que podriamos albergar á muchos más, si V. tuviese la bondad de cedérnosla, haciéndola algunas reparaciones y entendiéndose con San José para los alquileres.» La persona á quien la carta iba dirigida, por lo visto tenia corazon y fe, y así la respuesta no se hizo esperar: «Madre Superiora, contestó, la carta de V. de tal fecha me ha causado la mayor satisfaccion; ocupe V. la casa que me pide, y entiéndase con un maestro albañil para la obra que necesite; yo ya me he entendido con San José para los alquileres.»

La ciudad de Antequera, cuya devocion á San José es general y extraordinaria, se complace en socorrer y festejar á nombre del Santo glorioso, á los pobres de la casa de las Hermanitas durante todo el año, aprovechando todas las ocasiones y en las formas más ingeniosas y delicadas. El 19 de Marzo, el dia de Juéves Santo, el dia de San Agustin, fiesta del buen Padre Fundador, y en otras solemnidades, se sirven á los pobres por los vecinos y bienhechores, comidas extraordinarias en medio de la alegría y del contento de obsequiadores y de obsequiados; como si esto estuviese ya en las costumbres de la poblacion. Tenemos á la vista muchísimos rasgos de la proteccion del Santo esposo de la Vírgen y de la fe sencilla de moradores y Hermanitas, y no nos bastaria para referirlos la mayor parte del espacio de que podemos disponer; baste esta indicacion general, ademas del hecho particular que hemos referido.

Miéntras así iban creciendo y consolidándose las fundaciones españolas, el año 1866 con sus crísis, sus guerras y sus aparatos de trastornos, que tanto afectaron todos los ánimos, y tantos intereses destruyeron, vino á detener su marcha. No quiso, sin embargo, el Cielo que fuera estéril para la Congregacion de las Hermanitas en España el periodo á que hacemos referencia. Uno ó dos años ántes, algunas personas piadosas,

entre las cuales descuellan Señoras ilustres bien conocidas por sus virtudes, y sobre todo por su caridad activa, habian hecho gestiones para establecer en Madrid una casa de Hermanitas; pero los Superiores no habian creido que el momento favorable para ello fuese llegado todavía. En los últimos meses de 1866, y por inescrutables designios de Dios, se reunieron á aquellos elementos otros nuevos, y todos juntos empezaron con tanta fortuna á trabajar en esta buena Obra, que cuantos obstáculos se habian hallado ó temido, cedieron como por encanto. Habia sonado la hora oportuna en el reloj de la Providencia! Escribióse al Padre Fundador, quien mejor dispuesto, ordenó que la Madre asistenta general María de la Concepcion con la Hermanita Estefanía María, hoy Superiora de la casa de esta Corte, viniesen á ella para tratar este asunto. Llegaron en efecto á Madrid el 27 de Noviembre las dos Hermanitas, y mediante el permiso que préviamente se habia obtenido de Su Eminencia el señor Cardenal Arzobispo, en términos los más benévolos y afectuosos, y el que dieron con la mejor voluntad las Autoridades civiles, que habian comprendido al instante la utilidad é importancia religiosa y social de este hermoso Instituto, tardóse sólo en fundar esta octava casa en España lo que se tardó en hallar una habitacion algo capaz para albergar un número de pobres ancianos, bastante para dar una idea cabal de la Obra.

Tomóse en arriendo el cuarto principal y parte del segundo de la casa número 148 de la calle de Hortaleza, y el dia 2 de Enero del corriente año se trasladaron á ella las dos Hermanitas. El siguiente dia quedaba instalada la pequeña comunidad con seis Hermanas más que vinieron del Noviciado y de las casas de Barcelona, de Lérida y de Antequera. Recibieron seguidamente como de costumbre algunas mujeres, y á la hora presente 46 pobres viejecitos de ambos sexos ocupan todas las camas que pueden contener las habitaciones. El pú-

blico en Madrid no se ha distinguido ménos que el de otras poblaciones en su afecto y simpatía para con estas sencillas y modestas hijas de la más santa de las virtudes, y las clases todas de la capital de las Españas desde la más elevada hasta la más humilde, se esmeran á porfía en visitarlas y socorrerlas. En los mercados fué un verdadero acontecimiento el presentarse la Hermanita, primero con un saco y despues con un modesto borriquito, que les fué regalado, á pedir para sus pobres. Como las necesidades eran pocas en los primeros dias, al ver que se retiraba la Hermana sin haber recorrido más que una pequeña parte de la plazuela, las vendedoras que se creian desatendidas, se levantaban y la rogaban hasta con lágrimas de ternura que aceptàse alguna cosa. Las señoras y otras buenas almas se dieron tal prisa en dotar á la casa de los muebles, ropas y auxilios necesarios, y de vasos sagrados y ornamentos para su modesta capilla, que hoy dentro de sus limitadas proporciones parece la de Madrid una casa fundada hace años El domingo de Septuagésima, dia 17 de Febrero, S. E. I. Monseñor Barilli, Nuncio Apostólico en estos Reinos, tuvo la dignacion de celebrar la primera Misa en el pequeño Oratorio de las Hermanitas. Un rasgo muy frecuente entre los habitantes de la coronada villa demostrará al mundo cómo se entiende aquí la celestial virtud tan perfectamente descrita por el Apóstol de las gentes. Las muchas personas que visitan la casa, sabiendo la devocion y la confianza que las Hermanitas tienen en su glorioso protector San José, tan querido y venerado en España, se complacen en enviar todos los dias víveres, ropas y otros objetos que hacen falta, á nombre del glorioso esposo de la Vírgen María; modo ingenioso y cristiano de dar la limosna segun el precepto evangélico. Sólo hace falta aquí para que la Obra se desarrolle en la escala que exige y merece la Corte de la nacion católica por excelencia, que se encuentre una gran casa ó los medios de edificarla, á fin

de que tantísimos pobres como solicitan su ingreso en el asilo de las Hermanitas puedan conseguir este consuelo, y estas buenas Religiosas satisfacer el único anhelo de su corazon.

Durante la época de las fundaciones españolas que acabamos de reseñar, no quedaron desatendidas las peticiones de las demas naciones, que conociendo ya la hermosa Institucion de que se trata, no cesan de acudir á los buenos Superiores para extender el beneficio de esta esmerada asistencia á los pobres de otras ciudades. París en este tiempo estaba edificando en el antiguo arrabal de San Dionisio la quinta casa que posee la Congregacion en la capital del vecino imperio. Esta construccion se debe en gran parte á la generosidad de dos comerciantes, uno de ellos padre de muchos hijos, que prefiere dejarles «este buen ejemplo y las bendiciones del cielo, á algunos miles duros más, que podrian no aumentar ántes bien disminuir su felicidad verdadera,» son sus palabras. En 1865 visitamos esta hermosa casa de la calle *Philippe de Girard* que albergaba ya un centenar de ancianos.

Tambien por entónces Edimburgo, la antigua capital de Escocia, llamaba á las Hermanitas para el cuidado de los pobres viejos achacosos y desvalidos. Fué tal la impresion que produjo entre aquellos habitantes el espectáculo del ejercicio de una caridad tan ejemplar y esquisita, que llegó á alarmar á los viejos protestantes de la llamada por ellos baluarte y ciudadela del presbiterianismo. En un diario de Lóndres, el *Star*, perteneciente á la comunion allí dominante, leimos las frases más esplícitas para llamar la atencion de sus correligionarios acerca del *fuerte olor de catolicismo que un olfato ejercitado podia aspirar en medio de la atmósfera presbiteriana* de la que fué corte de María Estuardo. El corresponsal del Diario atribuye la transformacion que se observa, entre otras concausas, á la fundacion de aquella casa de Hermanitas; y renunciamos con pena á

transcribir todos sus cuidados y apreciaciones, que de seguro habian de dar gran consuelo á nuestros lectores, por no faltar á la brevedad que nos hemos impuesto como regla de estas desaliñadas páginas. Amberes y Ostende en Bélgica; Birmingham, Plymouth, Leeds y Newcastle en Inglaterra; Niort, Les Sables d'Olonne, Troyes, Maubeuge, Nimes y Tolon en Francia, pertenecen á este fecundo y glorioso periodo. En Nimes á pesar de la importancia de aquella ciudad, célebre por sus recuerdos y monumentos Romanos, tal vez los mejor conservados del mundo, se habia tardado en llamar á las Hermanitas por los odios que en aquella poblacion tenian encendidos más que en otra alguna del Imperio, las disputas y divisiones religiosas entre protestantes y católicos. El momento habia llegado en que la santidad de la Obra que abraza y socorre todas las miserias del cuerpo y del alma sin distincion de comuniones, triunfase allí de todos los obstáculos.

La fundacion de Tolon, que completa el número de ciento de las hechas en Europa por el famoso Instituto, fué celebrado en todas las casas de la PEQUEÑA FAMILIA, en estos últimos meses por disposicion de los Superiores con regocijos, comidas extraordinarias y acciones de gracias al Dios de las misericordias por tantos y tantos beneficios como se ha dignado derramar en tantas casas y sobre tantos pobrecitos ancianos y sus generosos bienhechores, en los años que cuenta de vida esta Órden hospitalaria y caritativa (C).

Sólo dias despues de la de Tolon, y esto á causa de su mayor distancia del Noviciado, pues salieron de él juntas ambas comunidades, se efectuó con el número 101 la última fundacion, que es la de Jaen en nuestra España (D). Ya en 1865 se habian echado los cimientos de ella, y se habia retrasado por causas agenas á la voluntad de las piadosas personas que la habian iniciado, y sobre todo por falta de buena casa al intento. Todo se ha vencido con el favor de Dios, y en estos

dias deben haber ocupado las Hermanitas y sus pobres una gran casa con hermosas vistas, agua, huertas y demas accesorios, para que la ancianidad achacosa y desvalida allí albergada sea atendida segun lo exige su dignidad, en un país católico y caritativo como este.

Otras fundaciones españolas podriamos registrar en esta rápida reseña, si no estuviese contenido el vuelo que va tomando en nuestro suelo la Obra de que nos ocupamos por la falta de personal, que aunque numeroso en el Noviciado, no basta para todas las necesidades: Écija en Andalucía y Olot en Cataluña tienen ya otorgadas sus fundaciones; Reus, en esta última provincia, la espera de un momento á otro; otras poblaciones de la vieja Castilla, de Galicia, de Estremadura, de Navarra, del antiguo reino de Valencia y de Andalucía misma, tienen dirigidas súplicas á los buenos Fundadores ó preparados trabajos para pedirles sus humildes y virtuosas hijas; pero «hay que tener paciencia (como decia el Padre Le-Pailleur á un amigo suyo), dénos V. tiempo para formar el personal que es siempre difícil, y más para una lengua extranjera.» Á todos llegará su vez, y tenemos la seguridad de que los Superiores harán todo lo posible con el fin de satisfacer la piadosa impaciencia de las ciudades del reino católico, al cual estiman y miran con singular amor y preferencia.

No queremos pasar en silencio una circunstancia que es indicio de que la Obra de las Hermanitas está destinada á echar profundas raíces y á extenderse en nuestro suelo. Á pesar de la dificultad de la lengua, de lo reciente de la introduccion del Instituto entre nosotros, de la distancia á que se halla el Noviciado, de lo penoso y estrecho de los ejercicios, y de la vida de sacrificio de estas buenas Religiosas, han pasado la frontera para ponerse bajo la obediencia de los Superiores y consagrarse á los sublimes trabajos de la más ardiente y perfecta caridad, unas veinte españolas, algunas de las cuales han hecho ya sus primeros votos. Al alistar-

se en esta celestial bandera saben bien que se dan á Dios por entero y que su familia y su patria son el pobre, representante de la sagrada persona de Jesucristo, y la casa donde la obediencia las destina. Conocen estas sencillas criaturas, que por efecto de la gracia comprenden la verdadera sabiduría que es el santo temor de Dios, que el patriotismo cristiano que es el verdadero, consiste en dotar á nuestra patria en nosotros, de hijos que la honren y de que en ningun caso tenga que avergonzarse, que atraigan sobre ella las bendiciones del Cielo, y que conduzcan á esta eterna y dichosa morada á un gran número de sus hermanos, con el ejemplo de sus virtudes, con la oracion, con su amor y su espíritu de abnegacion y de sacrificio, que es el más glorioso, precisamente porque es el más humilde apostolado del hombre sobre la tierra.

Hemos hablado del Noviciado, sobre el cual poquísimas palabras se estampan en la adicion al opúsculo del Sr. Aubineau, seguramente porque era entónces reciente su instalacion en el nuevo local que habia proporcionado la Providencia. Esta buena Madre, que nunca hace las cosas á medias, debia dotar y dotó en efecto á la Congregacion de todos los elementos necesarios para la propagacion de la Obra, y uno de ellos, tal vez el principal, habia de ser un sitio con edificios á propósito en que formar el personal para las necesidades de tantas casas establecidas, y de las nuevas fundaciones que se piden de continuo. No es ocasion todavía tal vez esta de referir cómo Dios N. S. tocó el corazon de una persona ilustre que facilitó los recursos para tamaña adquisicion, y lo que es más, dándose á sí propio como sacerdote al servicio del Instituto. Merced á ello se adquirió en el fondo de la pintoresca y religiosa Bretaña, antigua provincia francesa, que ha sabido conservar al través de las guerras y de las revoluciones la fe y la lealtad de sus mayores, una magnífica y vasta posesion que tendrá unas 150 á 200 hectáreas de terreno. En me-

dio de la meseta que domina aquel extenso territorio, cubierto de prados, de huertas y jardines, y de añejos y corpulentos árboles que hacen de él una deliciosa morada que convida extraordinariamente á la meditacion y al recogimiento, se ha levantado de pié un bien entendido y sólido edificio proporcionado para todas las necesidades que como casa Matriz y Noviciado pueda tener esta familia religiosa. Allí el Padre Fundador con dos ó tres sacerdotes donados á la Congregacion, (que con algunos otros forman un pequeño cuerpo para atender á las necesidades espirituales del Noviciado y de las casas establecidas) juntamente con la Superiora general y las Madres nombradas al efecto, reciben las postulantas, se examinan y prueban las vocaciones, y se dirige gradualmente á estas privilegiadas y generosas doncellas por los caminos de la perfeccion cristiana, á los santos fines de su vocacion. Para ello es menester morir al mundo, á sus gustos, á sus repugnancias, á todo el imperio en fin de los sentidos y de las pasiones, que han de acabar y acaban por someterse del todo al espíritu. El tiempo no es la regla, en este estrecho Noviciado de nueva especie, la regla es la medida de perfeccion que debe alcanzar quien se da sin reserva cuerpo y alma á Dios en una vida dedicada por entero no tanto al servicio del pobre, como á su propia santificacion y á la edificacion del rico como del pobre mismo. Por esto se parecen tanto las Hermanitas entre sí, como que están vaciadas todas en un mismo molde.

Unas 350 novicias y postulantas salidas de todas las clases de la sociedad (E) y pertenecientes á diversos países, encierra en estos dias el Noviciado de la Torre de San José, las cuales alternan con las instrucciones religiosas y la vida contemplativa, la vida activa que tanta parte tiene en los ejercicios de su vocacion. Estas nuevas Martas contribuyen poderosamente, segun su aptitud y segun sus fuerzas, con las labores propias de su sexo, sus trabajos agrícolas, la cria de ga-

nados, con la fabricacion de queso y de manteca, etc., á cubrir las necesidades del vasto establecimiento que les da asilo, y las prepara para tan grandes como oscuros y humildes destinos. En él el Padre amoroso de los pobres ha hecho infinitas veces ostension de sus misericordias. Á una milagrosa inspiracion de San José se debe el que dos piadosos esposos que saben usar de sus bienes segun los consejos evangélicos, hayan costeado una preciosa Iglesia de órden bizantino para el Noviciado, cuyas bóvedas acaban de cerrarse en estos dias. En ella, ademas de las imágenes de los Santos Patronos de la Congregacion, se colocará definitivamente el cuerpo del glorioso mártir San Pacífico, que fué regalado de Roma al amado Fundador. En su traslacion hace más de dos años á la capilla provisional de la Torre de San José, que fué una gran fiesta para todas las Hermanitas, y aun para los pueblos de aquella parte de la Bretaña, obró Dios por intercesion del Santo algunos prodigios. El nombre del mártir es un emblema muy significativo de la paz que reina en aquella Santa Casa, y en las que de ella han nacido, y en las cuales tanto se procura la Imitacion de Aquel que vino á traer la paz á los hombres, enseñándoles que como Él, sean mansos, es decir, pacíficos y humildes de corazon.

Por cuanto viene dicho en la primitiva historia de las Hermanitas, y por los hechos y rasgos que hemos referido en esta *continuacion*, queda completo el retrato moral de la Religiosa, y se adivina cuál es la dicha, cuál es la vida y cuál es el fin de los pobres albergados en estos asilos. Vosotros, buenos ancianos, más que nadie podeis decir cuánto hay de dulce y de consolador en vuestra posicion, y lo mucho que os ha favorecido Dios abriéndoos la puerta de ese santuario donde se hallan reunidas para vosotros las mejores condiciones para la salud (F) y para el bienestar, esto es, la sobriedad en el comer y en la bebida, el contentamiento del corazon, y las tiernas emociones de la vida de familia.

La PEQUEÑA FAMILIA, ya lo hemos visto, este es el hermoso nombre que el venerable Fundador da al conjunto de séres reunidos bajo su santa enseña, Religiosas y acogidos, porque en efecto en estas benditas casas el pobre, imágen de Jesucristo, es considerado como el señor, como el dueño, y las Hermanitas se tienen y obran con él como hijas fieles y cariñosas destinadas á endulzar los últimos años de su vida. La Hermanita los levanta, los acuesta, los acompaña y rodea, los alegra y entretiene. Todo es comun allí, y el pobre se acostumbra á considerar su asilo como su propia casa, á sus compañeros como á sus hermanos, y todos á las Hermanitas como á hijas amantes, dispuestas siempre al sacrificio de sus gustos, de su voluntad y de sus comodidades para servirlos y consolarlos.

Ántes de concluir queremos decir cuatro palabras de lo que son y de la influencia que ejercen las casas de las Hermanitas en las poblaciones que tienen la fortuna de poseerlas. En una carta que en 1864 se escribia á un apreciable sacerdote dándole informes que le pedian, para una fundacion de Hermanitas en una ciudad de España que cuenta muchos establecimientos de beneficencia, leimos el siguiente párrafo: «Diga V. á aquella »buena señora que no faltará casa en*** primero alqui»lada y despues propia; que no estorbarán para que la »Obra se aclimate los muchos establecimientos que en»cierra aquella hermosa ciudad, ni nada de cuanto *hu»manamente* pueda preverse; V. comprende, Padre, que »lo de ménos es el socorro material que pueden recibir »dos ó trescientos ancianos; lo grande ahí es la mucha »gloria que recibe Dios con el ejercicio de una caridad »tan sublime, las bendiciones que atrae del cielo sobre »una poblacion el ejemplo vivo, diario, de una humil»dad y de una abnegacion perfectísimas, y las conver»siones y transformaciones que en las almas así de los »pobres como de los ricos esto produce.»

He aquí en estos pocos renglones sintetizado el pen-

samiento que apuntamos en cabeza del precedente apartado. Sí, esas casas son para los habitantes de la ciudad, y sobre todo para los bienhechores de las mismas, un manantial perpétuo de divinas gracias Esas casas levantadas, reedificadas ó reparadas comunmente por medio de limosnas, son un testimonio perenne del espíritu de fe y de las costumbres benéficas de un pueblo; esas casas proclaman muy alto el desprendimiento y la generosidad de los bienhechores; esas piedras traidas y ordenadas, no á los acordes sonidos de Amfion, como se dice de los muros de Tebas, sino por efecto del amor, que es la armonía universal, LA CARIDAD, en fin; anunciarán á las futuras generaciones el fuego divino que ha inflamado los corazones. ¡Cuántas oraciones, cuántos votos y acciones de gracias se elevan desde esos piadosos asilos al Trono de Dios en favor de los cooperadores á esa admirable Obra, y de todos aquellos que con sus limosnas contribuyen á que viva y prospere!

Ya han visto nuestros lectores en el curso de esta breve historia los favores especiales con que la Divina bondad ha recompensado á algunos bienhechores. Podriamos añadir muchos rasgos de esta naturaleza si nos dejáramos llevar de nuestro deseo, pero ya sale demasiado largo este bosquejo y nos propusimos acortarlo todo lo posible.

Terminamos reproduciendo en esta edicion, que se hace principalmente para Madrid, las frases con que concluia la primera edicion del opúsculo, hecha en Barcelona en Abril de 1863, recien fundada aquella casa, con sólo las variaciones de lugar y tiempo. Contenian una esperanza y casi una prediccion: ambas cosas se han cumplido.

«Sólo falta (decíamos) para dar un perfecto conoci»miento de la Institucion, que esta pueda ostentarse »completa en un edificio propio, bastante para albergar »muchos pobres; la pequeña casa tomada está llena hace »muchos dias.

»Abrigamos la confianza de que la siempre caritati-
»va *Capital de las Españas* no tardará en ver levantarse
»fuera de sus derruidas tapias, un edificio como los hay
»en tantas ciudades bien inferiores á ella en recursos
»de toda especie; y que el óbolo del pobre como la li-
»mosna del rico contribuirán á añadir á los grandiosos
»que encierra *Madrid* en su antiguo recinto, ese nuevo
»monumento á la

CARIDAD.»

Madrid 29 de Junio de 1867. (G.)

NOTAS.

(A) El celo del respetable cura de Santiago de Béziers, hoy Monseñor Ramadié, digno Obispo de Perpiñan, dotó á aquella ciudad, ántes de dejar su querida parroquia, de una hermosa Casa-Asilo, donde hace dos ó tres años se trasladaron los pobres y las Hermanitas.

Tambien los pobres de la casa establecida en Paris en la calle de *Royer-Collard*, habian pasado, poco tiempo ántes, al hermoso y grande edificio que en la calle de *Notre Dame des Champs* costeó el infatigable y caritativo cura de la parroquia de San Sulpicio, en cuya demarcacion se halla situado.

(B) En Manresa como en otras poblaciones de corto vecindario, extienden las Hermanitas sus cuestaciones, como asimismo los efectos de su caridad, á los pequeños pueblos y caseríos de los alrededores, y aun á veces llevan más léjos sus excursiones. Es espectáculo interesante que recuerda la sencillez de costumbres y la fe de otros tiempos, ver á una pareja de estas Religiosas, acompañadas á veces de un pobre anciano y seguidas de la modesta acémila que completa tan humilde cortejo, andar á piê por esos caminos de Dios, guardadas por su virtud y por su omnímoda confianza en San José y en la Vírgen Santísima, acercarse á los piadosos labriegos, que pocas veces dejan de corresponder enternecidos á las súplicas de tan simpáticas demandaderas en favor de sus pobres. Pocos dineros, algunas cargas de leña, algun cántaro de vino, judías, un pedazo de tocino, patatas, legumbres, etc., son por lo regular el fruto de estas salidas.

(C) Creemos conveniente dar traducida la circular por la cual el P. Le Pailleur, Fundador y Superior general de la Congregacion, prescribió, con fecha 22 de Marzo de 1867, un dia de accion de gracias y de regocijo para celebrar la fundacion de la centésima casa de su Instituto.

Dice así este interesante documento:

«Hijas mias: dentro algunos dias la centésima casa de nuestra *pequeña familia* va á ser fundada en la ciudad de Tolon ó en la de Jaen (España). En este mismo dia salen del Noviciado nuestras hijas, destinadas á empezar estas fundaciones. No sabemos cuál de las dos será la primera. Vuestra buena Madre general y yo estamos confundidos á la vista de tantas maravillas de la Divina Providencia, que con NADA ha hecho tantas cosas. Hace 26 años sólo ocupábamos la pequeña buhardilla y nada más. Aquella buhardilla albergaba tan sólo dos pobres an-

cianas achacosas. Muy pronto vamos á tener 100 CASAS, y ya más de diez mil ancianos se encuentran recogidos en ellas. Mis hijas espirituales aumentan en proporcion. Y en medio de esta extension que va tomando nuestra Obra, nos hallamos tan pobres como el primer dia, carecemos como entónces de rentas, no tenemos asegurado capital alguno ni recurso fijo de ninguna clase: Dios lo quiere así para que á todo el mundo sea patente que es ÉL SOLO quien obra estas maravillas, y á fin de que de ÉL SOLO sea toda la gloria.

Os invito, pues, hijas mias, á glorificar á Dios por la fundacion de nuestra centésima casa; os invito á tributar mil acciones de gracias á ese Dios Todopoderoso, que ha levantado de la nada á la *pequeña familia*, que la guarda y la alimenta, que la bendice, que la acrecienta y multiplica de un modo tan admirable, para la manifestacion de su Santo Nombre y salvacion y consuelo de tantos pobres.

Os invito asimismo á regocijaros con nosotros en el Señor, porque esta centésima fundacion debe ser para nosotros todos motivo de gran regocijo. Quiero que se festeje en todas nuestras casas. Convidad á esta fiesta á todos nuestros bienhechores. Escoged el dia que os parezca, y que en ese dia haya una comida extraordinaria para los ancianos como en los dias de nuestras principales solemnidades. Doy en ese dia recreacion completa; y á fin de que toda esta alegría torne á Nuestro Señor de quien procede, deseo que se obtenga de los Ilmos. Prelados una bendicion solemne con el Santísimo Sacramento en la funcion de la tarde. En fin, concedo á todas mis Hijas en tan fausto dia una Comunion, y á todas envio mi más ilimitada bendicion.»

(D) ¡La 2.ª casa en Rennes en 1846, la 101.ª en Jaen en 1867!... este es el punto más propio para hacer notar, si ya no lo hubiese hecho espontáneamente el lector, el asombroso desarrollo que ha tenido la Congregacion de las Hermanitas en los últimos veinte y un años, y el extraordinario contraste que forma el estado de hoy con la pequeñez de sus orígenes y con lo laborioso de su nacimiento y de su infancia. El grano de mostaza del Evangelio, plantado en 1840 en San Servando por uno de los más humildes obreros de la viña del Señor, es hoy robusto y frondoso árbol que da sombra benéfica á millares de pobres, asistidos, cuidados y socorridos por un número proporcionado de Religiosas, que con sus trabajos y oraciones glorifican á Dios, y edifican á sus huéspedes y á la sociedad entera con su ejemplo.

Las reflexiones á que se presta son inmensas, y grandes las enseñanzas que el mundo puede y debe sacar de un hecho tan prodigioso. La perpétua juventud de la Iglesia nuestra madre, su fecundidad inagotable y su caridad para hallar medios con que socorrer por medio de la asociacion religiosa, que es una de sus más poderosas palancas, todos los infortunios, todas las miserias del cuerpo y del espíritu, en lo que tienen de constante, y en lo que varían segun las mudanzas y el curso de los tiempos. Este es lugar de repetir ¡que Dios sea bendito!

(E) En los primeros años de la existencia de la Congregacion, las novicias salian, por lo comun, de familias honradas pertenecientes á la clase trabajadora. Dios ha suscitado despues muchas vocaciones entre la clase media, y algunas han nacido en las más elevadas esferas de la sociedad. La Torre de San José ha presenciado más de una vez la toma de hábito y la profesion de jóvenes pertenecientes á familias ilustres que á su piedad reunian los títulos y blasones más pomposos. Estas familias que han asistido alguna vez á estos tiernos actos con sus trenes, sus galas y sus domésticos, acompañadas de sus amigos, han dado á los desposorios de sus hijas con el Cordero sin mancilla toda la atencion é importancia como si se hubiese tratado de un enlace con un príncipe de la tierra. ¡Espectáculo sublime, contraste encantador el de las galas y la posicion que se dejaban y el humilde hábito y la más humilde condicion que se adquiria!

Nosotros hemos visto á estas privilegiadas criaturas buscar y gozarse, más que otra alguna, en las humillaciones y en la pequeñez de sus nuevos empleos, de su amado género de vida, y en sus anhelados destinos, tan oscuros á los ojos del mundo como gloriosos á los ojos de Dios.

(F) Algo dirá á los que todo lo atribuyen á las reglas prescritas por la higiene, que no se hallan por cierto descuidadas en estas casas, lo que sucedió en España y aun en Francia en la última invasion colérica (1865) que tantas víctimas hizo en estos países. En la casa de Barcelona no hubo ni uno solo de los acogidos que fuese atacado de tan terrible mal; ni en Manresa ni en los demas puntos de España en que se hallaban establecidas las Hermanitas; y eso que no faltaron casos y víctimas en sus barrios y aun en las habitaciones de los alrededores.

En Marsella sucedió una cosa más extraordinaria; nosotros la llamaremos sencillamente milagrosa. Existe en la gran ciudad, emporio del comercio frances en el Mediterráneo, la casa más grandiosa, y quizás mejor situada y poblada de la Congregacion. Un dia fueron atacados á la vez 150 entre ancianos y Hermanitas; la Madre María Clara, Superiora, despues de haber orado ante la imágen del Sagrado Corazon de Jesús, se dedicó solícita, con las otras Hermanitas que habian quedado en pié, al cuidado de sus coléricos, con tan buen resultado, que cuando algunos dias despues daba parte de lo ocurrido á los Superiores, no habia perdido ni uno solo de sus enfermos.

(G) Como coronamiento de estas noticias y por nota final vamos á dar á nuestros lectores la lista completa, cronológica por naciones, de las casas que tiene en 29 de Junio de 1867, fecha de este escrito, la Congregacion de las Hermanitas de los pobres.

FRANCIA.

San Servando.
Rennes.
Dinan.
Tours.
Nantes.
París, calle Saint-Jacques.
Besanzon.
Angers.
Burdeos.
Ruan.
Nancy.
Paris, avenida Brételeuil.
Laval.
Lyon, la Villette.
Lila.
Marsella.
Bourges.
Pau.
Vannes.
Colmar.
La Rochela.
Dijon.
Saint-Omer.
Brest.
Chartres.
Bolbec.
Paris, calle Beauveau, hoy calle Beccaria.
Tolosa.
Saint-Dizier.
El Havre.
Blois.
Le-Mans.
Tarare.
Paris, calle N. D. des Champs.
Orleans.
Estrasburgo.
La Torre de San José, Noviciado, en Saint-Pern, cerca Bécherel (Ille et Vilaine).
Caen.
Saint-Etienne.
Perpiñan.
Montpeller.
Agen.
Poitiers.
Saint-Quentin.
Lisieux.
Annonay.
Amiens.
Roanne.
Valenciennes.
Grenoble.
Draguignan.
Chateauroux.
Roubaix.
Boulogne-sur-mer.
Dieppe.
Béziers.
Clermont-Ferrand.
Lyon, Croix-Rousse.
Metz.
Niza.
Lorient.
Nevers.
Flers.
Villefranche.
Cambrai.
Niort.
París, calle Philippe de Girard.
Les Sables d'Olonne.
Troyes.
Maubeuge.
Nimes.
Tolon.

ESPAÑA.

Barcelona.
Manresa.
Granada.
Lérida.
Lorca.
Málaga.
Antequera.
Madrid.
Jaen.
Reus

Huesca
Salamanca
Mataró
7 votos de la Ba…
7 en Junio 187…

INGLATERRA.

Lóndres, Westminster.
Lóndres, Southwark.
Manchester.
Bristol.
Birmingham.
Plymouth.
Leeds.
Newcastle.

ESCOCIA.

Glasgow.
Dundée.
Edimburgo.

BÉLGICA.

Lieja.
Bruselas.
Louvain.
Jemmapes.
Bruges.
Namur.
Amberes.
Ostende.

SUIZA.

Ginebra, Carouge.